

2151 500

TAJO



2
PTS

MAUREEN O'SULLIVAN

TAJO



«VARELITO».— Este singular estoqueador, que fué denominado en su tiempo «rey del volapié», sabía también estrecharse por el lado izquierdo en una impecable media verónica.

«GRANERO».—El vacío que dejó Joselito en el toreo se creyó iba a llenarlo este artista genial que dió Valencia. Trágicamente muerto en la plaza de Madrid, dejó la estela de su excepcional maestría el infortunado Manolo Granero.



DON CARLOS OPITZ,

Jefe de Prensa y Propaganda cinematográficas del Reich, en Madrid

Magnífico sol de Castilla, vertido de claricielo, en el aeródromo de Barajas. Descansan en la pista de aterrizaje los pegasos de acero; al frente, irguiéndose airoso y señorial, el conjunto de edificios, bellos en la sencillez de su línea. Ni una nube en el horizonte.

Madrid ha enviado a sus periodistas para, con la proverbial acogida de España, rendir el primer saludo a don Carlos Opitz, jefe de Prensa y Propaganda cinematográficas del Reich. Recibe a todos, con su peculiar caballerosidad, Gherard Hauser, delegado oficial de la Reichfilmkammer, acompañado de su esposa y su secretaria particular, así como del director cinematográfico italiano señor Mastrocchino y la distinguida actriz Laura Solari.

El aparato toma tierra a las cinco y media de la tarde, y resplandecen las expresiones de cordialidad en el primer afán de la llegada, ratificado con brindis entusiasta de vino español, tan de oro como los propósitos.

Simpatía fluyente, mirada inteligente, juventud temperamental que persiste; he aquí las tres más acusadas características de don Carlos Opitz. No habla español; es la primera vez que visita España; pero es su gesto tan expresivo que casi intuitivamente se adivinan sus palabras, traducidas por el señor Hauser y encantadoramente también por la señorita Solari, que, como dice, «ya empecé a aprender español», reducida quizá por su musicalidad latina.

—Es la primera vez que llego a España, y al empezar a dominar su maravillosa belleza no puede menos de recordar la frase de aquella vieja canción de mi país, que dice:

«Lejos, en el Sur, la bella España...»

—¿.....?

—Muchas y desde hace tiempo. Venir aquí era para mí algo indispensable. Ahora

Casi se adivinan sus palabras, traducidas por el señor Hauser y encantadoramente también por Laura Solari, la distinguida actriz italiana. ↓



↑ El aparato toma tierra a las cinco y media de la tarde. Y resplandecen las expresiones de cordialidad en el primer afán de la llegada.



↑ «Gestionaré el intercambio intenso de producción: Mi misión concreta consiste en realzar las modalidades exteriores de Prensa y Propaganda de las películas producidas por el Reich.»

ya está cumplido mi deseo. Me supuse siempre que España fuese muy hermosa; pero la realidad ha superado a mis cálculos, y mi sorpresa, gratísima, será inolvidable. Sobre todo este sol, lleno de claridad, firme y nostálgico al tiempo, y la irreprimible hospitalidad española. Ojalá que pueda tener la satisfacción de devolverla muy pronto, recibiendo a la Prensa en Alemania.

—¿.....?

—He de conversar ampliamente con las jerarquías cinematográficas españolas, acompañado de nuestro delegado Hauser, para coordinar, con máxima eficacia, la proyección en la Península de películas alemanas.

—¿.....?

—Sí, desde luego; inmediato. Gestionaré el intercambio intenso de producción. Mi misión concreta consiste en realzar las modalidades exteriores de Prensa y Propaganda de las películas producidas por el Reich.

Suscribe en este instante el señor Opitz un acendrado saludo, autógrafo, para Tajo, que dice textualmente: «Los saludos más cariñosos de todos los artistas del cine alemán para los lectores de Tajo.»

Suscribe en este instante el señor Opitz un acendrado saludo para Tajo, que leído dice... →



... «Los saludos más cariñosos de todos los artistas del cine alemán para los lectores de Tajo.» ↓

Allen Lesern des "Tajo"
von den deutschen Filmre-
spielern herzlichste Grüße
Carlson.

LA CORRIDA DEL DOMINGO

Novillos del heredero de D. A. LOPEZ PLATA (Sevilla), divisa celeste y blanca.

Espadas: YONI (Sevilla), GITANILLO CHICO (Sevilla) y RICARDO RUBIO (Madrid).

La sexta novillada, de carácter dominical, llevó a las arcas de la Empresa un ingreso extraordinario. ¡Acabó el papel! Y como a alguien habrá que atribuirle el motivo, diremos que el aliciente estaba en el debut de Ricardo Rubio, nuevo en Madrid, y en casi todas las plazas, pues a los compañeros de terna los hemos visto en otras ocasiones con entradas faltas de excepción. Nuestra enhorabuena, pues, al maduro diestro de la calle de la Abada, por este su indiscutible éxito, el de llenar hasta la última entrada de pasillo el coso de la Monumental. Preside el señor Bretaño. Hacen el paseo a las cinco en punto: «Yoni» (celeste y oro), «Gitanillo» (rosa y plata), Rubio (tabaco negro y oro). Y sale el

PRIMERO: «Tormento», número 49, negro mulato. Gordo, brocho de cuerna y bien presentado. Embiste dócil al capote. Clava los cuernos en la arena y casi da la vuelta de campana. Se desgracia. Ya no quedó más que medio toro y muy congestionado. Tomó dos varas y le pusieron un par y dos medios de banderillas.

«Yoni» lo toreó con temple en los primeros lances. Una faena sin ligar, con pases naturales, para media desprendida. Remata el puntillero. Se aplaude al toro en el arrastre.

SEGUNDO: «Torealto», número 45, negro mulato. Toma tres varas, desmontando en una de ellas. Para la hora final quedóse como el anterior. Muy suave y dócil, resultó por demás inofensivo.

«Gitanillo» lo ha lanceado de capa, con arte, pero se ha enmendado y movido demasiado al remate de la media. (Algunas palmas.) Faena confiada, que brinda al doctor Guinea, provocando a «Torealto», para sacarle algunos pases con la derecha. Un pinchazo bueno, y entrando con decisión, una estocada entera, que basta. (Palmas y saludo desde el tercio.)

TERCERO: «Ronquillero», número 94. De idéntico pelo que sus hermanos anteriores. Bien presentado y de armas cómodas para los toreros. Sale con tendencia a la huida y hay que buscarle en todos los terrenos. Cumple en varas. Se queda aplomado, pero sin peligro, en el último tercio.

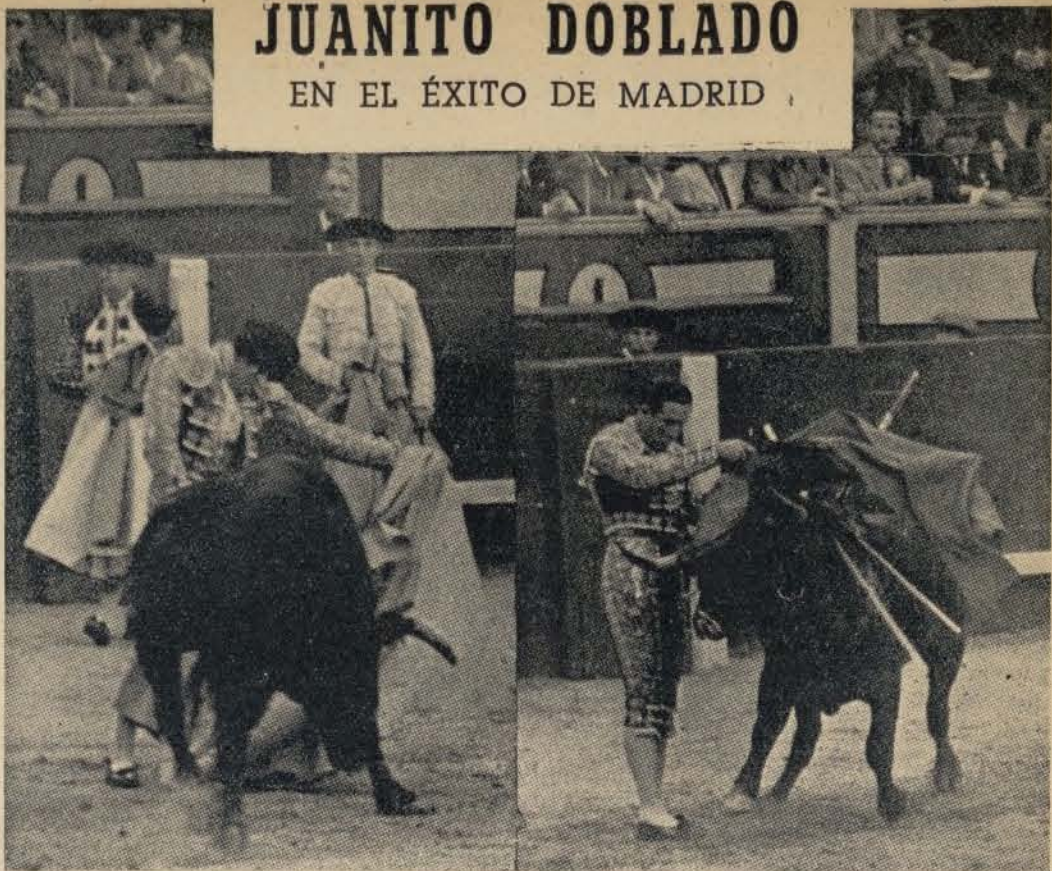
El debutante ha toreado de capa con pésimo estilo. Con la muleta paró, en una segunda parte de faena, en ayudados por alto y un derechazo. Entró, paso a paso, y dejó media en lo alto. El toro se echa, lo levanta el puntillero al marrar, y el espada tiene que intentar el descabello seis veces. Se vuelve a echar para siempre «Ronquillero».

CUARTO: «Legionario», número 15, de color castaño, bragado. Huye de todo. En una oleada derriba al reserva. Con cinco picotazos se cambia el tercio. Queda el toro sin alegría, quedadote y con media arrancada sosa.

Mal toreado, picado, y regularmente banderilleado. «Yoni» no para lo debido con la muleta, demostrando soltura y facilidad para trastear a «Legionario». Un pinchazo, y entrando de superior manera coloca una hasta el puño, que no se aplaude.

JUANITO DOBLADO

EN EL ÉXITO DE MADRID



En esta verónica, llena de gallardías, y en este muletazo, prodigio de elegancia, ante un novillo de Guardiola—la novillada famosa que tanto se comentó y se comentará siempre—, forjó uno de los éxitos de más resonancia de Madrid, triunfo que puso desgraciado epílogo la traidora cornada que le tiene en el lecho del dolor. En Juanito Doblado—novillero puntero—tiene su apoderado, don José Román Manfredi, materia para grandes revelaciones.

de lo debido. Había enfriado demasiado al público con el poco genio en el muleteo.

QUINTO: «Postinero», número 27, negro. Más chico que los anteriores y recortado de pitones. Muy joven y con tan poco poder, que caía al arremeter contra los capotes. Dos puyazos y dos pares estima suficientes el presidente, señor Bretaño, para cambiarle. (Palmas al presidente.)

Cinco verónicas de Vicente Vega, que se aplauden. Dos de ellas superiorísimas. Una faena cerca y confiada, pero sin ligar lo suficiente. Un pinchazo y una estocada que cala al pequeño animal. Descabello.

SEXTO: «Segador», número 69, berrendo en negro, botinero y capirote. Más manso que los anteriores. Huye con descaro de todo. Le rasgan la piel en dos ocasiones y le pican bien en una. Mucho capoteo. Queda suave y noble y más que inofensivo, tonto, para la muleta.

Rubio torea embarullado con el capote, pero muy valeroso. Con la muleta saca varios pases por alto, haciendo la estatua, pero sin mandar lo suficiente. Una estocada, entrando de cerca y perfilándose, al tanteo, que basta. (Algunas palmas al valor despiden al debutante.)

COMENTARIO

El presidente, señor Bretaño, escuchó ayer las primeras ovaciones. Esto quiere decir que los toros vinieron a menos y salió el novillito que se cae y hay que cambiar de suerte sin picar y sin castigo. Lo lamentamos por el ganadero, por el público, que ya iba saboreando la presencia del «novillo-toro», y por el contratista de carnes. Celebramos el hecho, porque gracias a la inofensividad, no actuó el señor Jiménez Guinea. ¡Váyase lo uno por lo otro! La corrida de doña Concepción Soto, de Sevilla, muy blanda, con muy poca casta y de temperamento asustadizo, confió a los espadas. Pero no tanto como para que se decidieran a coronar una faena del corte de la embestida de los toros. Había que pisar terreno cerca, y ni «Yoni» ni «Gitanillo» lo hicieron. Esperaban lo que no podía llegar con aquel género de López Plata: la embestida fuerte y alegre. El público no podía sentirse satisfecho del rendimiento de los espadas. Tampoco pudo protestar, porque el tono del toreo fué gris y sin relieve ni aristas comentables. El debutante, Ricardo Rubio, un poco pasado ya para este experimento, demostró valor y serenidad. El poco arte y el mucho desconocimiento lo suplió con la decisión, que no le faltó en las dos horas que duró el festejo.

TIJERILLAS



«Gitanillo chico»,
toreando con la derecha.



Un natural, con sello propio,
del Yoni.



El debutante Rubio, en el
sexto.

Ricardo Rubio no acababa de salir de su asombro. ¿Sueño o realidad, lo que se le entraba por las puertas de su fontanería? Su amigo X., ese amigo que es consecuente con el torero, año tras año, acababa de darle la noticia: «He visto tu nombre en los carteles; toreas el domingo en Madrid...»

Bien es verdad que aquello era el sueño loco de su afición, en los quince años que llevaba alimentando la idea de ser torero; pero...; había soñado tanto sobre esta posibilidad, que sus ojos se resistían a creer lo que decían los carteles. Repasó su cédula de torero: había actuado media docena de veces en su vida, las suficientes para tener en regla sus papeles de profesional y hasta pertenecer al Montepío de Toreros; recordó aquella su actuación en un pueblo de Avila, donde un taurino destacado le gritaba desde el andamiaje de preferencia en la plaza de carros: «Muchacho, no toree usted «tan honrao», que le va a matar el toro». Y otro éxito más resonante no sumaba en su breve historia taurina. En el capítulo de penas y amarguras, ¡había tanto superávit! ¡Cuántas ilusiones rotas a las puertas de las Empresas de postín! ¡Cuántas lágrimas al bajar las escaleras de la de Madrid, al ver la impotencia de sus alegatos! Eran quince años de calvario. Y, ahora..., ¡era verdad, sí!; pero, acaso, ¿no sería tarde ya?

En la calle, el debut había forjado su ambiente. «Me tomarán—se decía—por un «chalao». Acaso crean que soy un suicida—monologueaba entre sí. Pero la hora de salir al ruedo avanzaba. Casi sin intervención iban resolviéndose de por sí las pequeñas papeletas. Ya estaba el traje y los avíos, alquilados, sobre la silla de su dormitorio. La lamparilla encendida a la Virgen de la Paloma. El coche, y a la plaza...

De lo que en el ruedo ocurriera dieron cuenta los periódicos. «El Fontanero», bautizado por su oficio desde los tendidos, regresaba indemne a casa y con el deber cumplido. Dos toros, dos medias estocadas. Ni hubo fenómeno ni fracaso rotundo en el debutante. Lo vimos andar por la plaza como si de aquella corrida el torero hubiese querido sacar todas las enseñanzas que le faltaron en quince años de buscar corridas, con loco afán, sin conseguirlo. Si bien faltó aquel atropellamiento lógico de un debutante bisoño, abundaba en los modales la parsimonia del hombre maduro que sabe del concepto de la responsabilidad ante el público, que expiaba sus menores movimientos. Para él, para su bien probada cédula de aficionado, todo aquello había constituido un éxito. Sin preparación, sin entrenamiento, fiándolo todo a la serenidad, al valor, había salido del trance. Era un triunfo sobre sí mismo. Fué una pelea ganada a su propia infelicidad. ¡Si aquella prueba hubiese venido quince años antes...!

* * *

—¿Qué piensas hacer ahora, Ricardo?

—Demostrar que pude ser un gran torero. Mira, con estas pesetas que me sobran de un debut que jamás pensé, voy a pagar la contribución, algunos atrasos, que nunca faltan, y voy a torear allí donde me salga una corrida. Este año será para mí un año de lucha para conseguir mi propósito de toda la vida. Hacerme torero y volver a Madrid, cuando sepa cuanto necesito, para demostrar lo que pudo ser este fontanero, si con tiempo le dan ocasión de hacerse. Conseguido este objetivo, que es una pasión en mí, volver tranquilo a mi taller, donde jamás se hable de sueños de locuras ni de quimeras, en tanto yo pueda responderles: «Lo que hacen otros lo puedo hacer yo, y lo hice en la primera ocasión que se me presentó en la vida. Y tenía, entonces, treinta y cinco años...»

Casos del toreo

El sueño de las cinco mil y pico de noches, o el debut del "Fontanero"

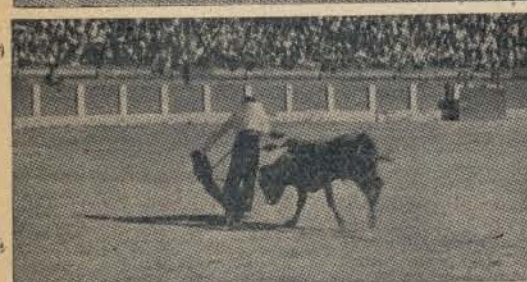


Ricardo Rubio no abandona su fontanería ni ante el anuncio de los carteles



Los hijos del «Fontanero» hacen guiños asustadizos al tropel de nuevos admiradores que le han salido a su padre.

EL ULTIMO TORERO DE LA CASA BIENVENIDA



A Juanito Mejías le subyuga el arte de los toros, pero se resiste a seguir la brillante profesión de sus hermanos.—El maquillaje trente al traje de luces.

En una fiesta de caridad y arte—la plaza de toros de Linares revestida de toda gala—ha hecho su debut «amateurs»—dos palabras divorciadas en este caso del sentido exacto—el último torero de la casa señorial de los Bienvenida. Para nadie puede significar una sorpresa la película que adorna nuestra página. Síntesis de emoción artística, la manera elegante y presuntuosa con que Juanito Mejías toreara a su bravo becerro, queda plasmada en ella como ejemplo vivo de perenne gracia. Equidistante de Pepe, de Antonio y de Angel Luis—tres dones en un mismo arte—, su toreo, su «clase», parecía resumir la savia, la enjundia y el aroma de los tres estilos que le admiraban de cerca. Fué, pues, para Juanito Mejías, esta tarde que comentamos, tarde de verdadera revelación. Como aquella otra—lejana ya de nuestra mente—bañada en luz de acierto, en la que Manolo y Pepe iniciaran su vida artística—senda de gloria ascendente—en la placita sevillana de Coria del Río.

Hoy, como ayer, se descubrió en la misma mina la mejor veta, el más limpio mineral. Pero—y aquí está la paradoja que trae de la mano la información interesante—la aparición del brillante coincide con su apartamiento del mercado. No hay torero, donde hay torero. Y esto es lo que nos aclara, con su vocecilla de «seise» de la catedral sevillana, el último vástago de la estirpe de los Bienvenida:

—Yo no quiero ser torero como mis hermanos. A mí me agrada torear, como juego; me gusta imitar lo que veo, pero no pienso dedicarme a los toros. A mí me domina más el cine. Torear para el cine sería mi mayor gusto. Pero en las plazas, para que lo maten a uno a chillidos... En el cine, si se protesta, se protesta bajito.

En esta ingenua y curiosa declaración toma parte la decisión paterna: «Esto ha sido un capricho de los hermanos, que querían ver torear a Juanito. Pero ahí queda eso. Y no por deseo nuestro, sino del propio interesado. Ya usted lo ha oído. Alguno tenía que darnos

gusto preferente. Y su decisión me encanta. Ahora, que en el cine no puedo yo servirle de nada. Como no sea que el cariño de padre me haga preferir, por una sola vez, el maquillaje—que tanto deslumbra—al traje de luces que tanto nos deslumbró siempre».

Ahí quedan, entretanto—junto a las mani-



festaciones de Juanito Mejías—los resplandores de esas fotos que la «leixa» de Antonio Bienvenida recogió en tarde tan memorable para el toreo. No sabemos si algún día tendrá validez el propósito del último torero de la casa Bienvenida. Lo que sí no se podrá borrar es la huella de esos destellos artísticos; es la realidad de ese toreo fino, rubricado con una exquisita manera de ejecutar el volapié. ¡Torero a los trece años! Que por algo los últimos suelen ser, en la vida, los primeros...

ANGEL BUENO

En el

SANATORIO DE TOREROS

Un sol de primavera española, un cielo límpido recorre desde la altura el arco del pasillo triunfal sobre la arena roja de la plaza Monumental. En este día de trabajo—entre-acto de festejo a festejo en el coso—se nos figura el cuadro taurino que presenciamos al salir por la noche del Metropolitano un ídolo gigante—oro y azul—sobre el ruedo de la plaza de toros de las Ventas. Torcemos a la derecha; en el máximo declive de una graciosa curva nos espera el Sanatorio de Toreros. Los clamores de pasodobles, de ovaciones, de exaltación frenética de la fiesta, han quedado a pocos metros, sincronizados al calor de los rayos luminosos. ¡Maravilloso poder solar, que al mismo tiempo alegra y vivifica estos otros ídolos casi rotos, al inundar las salas del benéfico establecimiento que sostiene la hermandad entre los profesionales de la sin par fiesta, y que hace el milagro de que la ciencia acierte a retocar con éxito las partes mutiladas de los héroes!

Trasponer la verja, enfrentarse con el jardín que rodea el establecimiento, es sentirse, sin remedio, bajo los efecros de una singular emoción, que acaso le complemente a cada cual el grado de afición que siente por la fiesta de toros.

A las puertas nos espera el vocal visitador de semana. Manuel del Pozo «Rayito», excepcional matador de toros a quien aplaudimos y admiramos en sus días de triunfo, nos ayuda en nuestra misión. «¿Cómo están los toreros heridos?» Y ante esta pregunta que se hace el objetivo de Ruiz van desfilando las imágenes de los que curan en el Sanatorio de Toreros.

En tanto, nosotros quedamos admirados de la reacción que ha sufrido la naturaleza del banderillero Roldán, quién sabe si ya alejado de todo peligro grave para siempre, el doctor Guinea, amplio en su blanca bata, más bien nos parece un escultor genial que visita sus modelos. Va de sala en sala y de parte con sus «obras» con sencillez y familiaridad: «¿Qué tal ese pulso, Rabadán?» «No se me mueva

mucho, Roldán». «Ahora vamos a ver esa ciática, Juanito». Y Juanito Doblado, a quien le espera una cura dolorosa, sonríe ante Guinea, como si le dijese en el ruedo: «Le brindo a usted esta faena: la de no quejarme ni una sola vez».

El cuadro tiene un recio sabor de torería. Al lado del hijo herido, Antonio Doblado, mayoral de la ganadería de Juan Belmonte, dialoga con su hijo, con el dulce juego de miradas de sus ojos tiernos y azules. El apoderado del diestro, don José Román, atiende a las amistades que por primera vez han sido autorizadas a visitar a Doblado—pero sin que se hable mucho en su presencia—, y entre los que llegan no faltan paisanos de calidad: allí está el doctor Mozos, afamado médico sevillano, interesándose por el torero, y subalternos, matadores de toros y novillos, todos se acercan a interesarse por el compañero herido.

Fuera de la salita, un grupo rodea al padre del torero herido. Su amplio sombrero de ala ancha distrae sus sombras con las flores del jardín. Un testigo presencial le va contando al viejo lo que la cornada «quitó» a Juanito. La hipérbole no tiene freno. Llevaba una faena lograda, no faltó más que unos segundos para que el éxito no tuviese precedente. «Cuando el toro cogió a Doblado—decía el narrador de la escena—tenía en su mano *er* Banco de España». Y el veterano Antonio, que sabe de los secretos del toro como nadie, dibuja una sonrisa y su pensamiento se va al lado del hijo, que en aquel momento responde al «brindis» que con entereza de valiente hiciera al doctor Guinea antes de la cura.

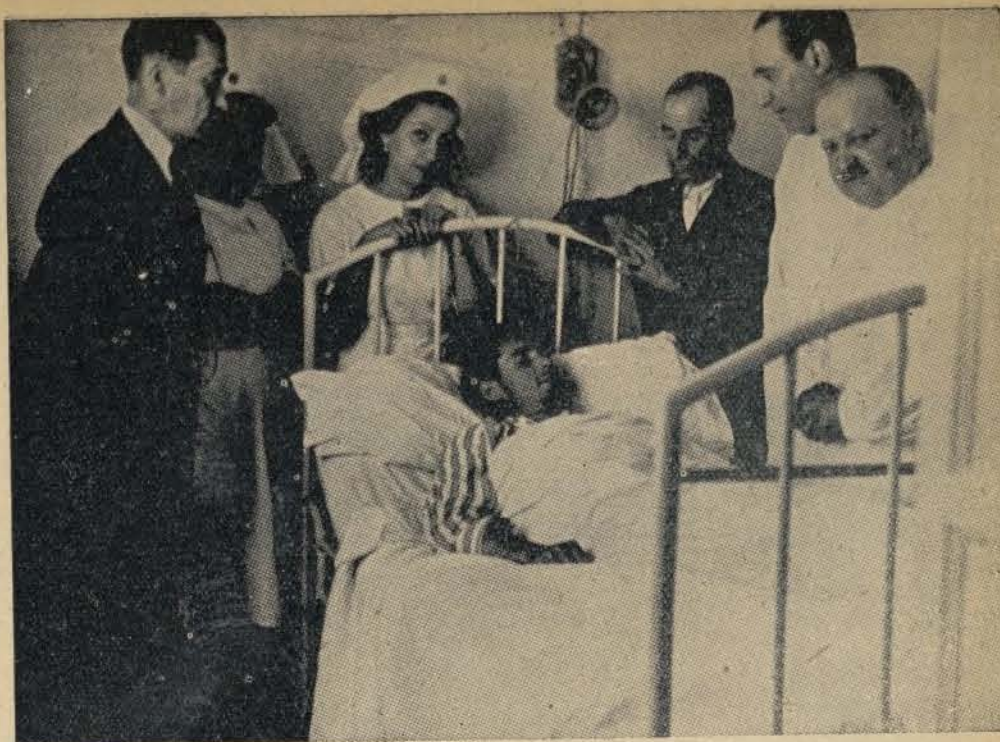
Nos hemos despedido de Roldán. Sabemos que al banderillero no le conviene hablar, pero

aquél se aferra a informarnos de lo que desea que digamos: «¡Qué cosa más grande es nuestro Sanatorio! Mire usted, se lo digo tal como lo siento: si no existiese este Sanatorio de Toreros, yo hace tiempo que me hubiese retirado del toreo...»

Juanito Doblado no piensa en su pierna abierta en todas las dimensiones. Piensa en curar pronto para enfrentarse de nuevo con el dilema: o la gloria o el percamce...

Y no sabemos por qué salimos contagiados de esa afición que embarga a cuantos visitan a los toreros en el Sanatorio. Dos horas después, en la baraúnda de la ciudad, hablábamos de toros, de faenas pasadas, de cornadas, de anécdotas...

M. A. DIAZ



En torno al lecho del dolor.—En la primera visita autorizada por el médico después de la cura posan para Tajo el doctor Jiménez Guinea, el padre del torero herido, don Antonio Doblado, su apoderado, don José Román Manfredi, el masajista del Sanatorio, señor Roche, y las enfermeras. Es el momento de la crisis esperada en el curso de la herida. Juanito Doblado dialoga, en miradas, con su padre.



«Castillito», el ex banderillero y conserje actual del Sanatorio de Toreros, acompaña en sus horas de dolor al compañero Roldán, herido gravemente en la plaza de toros de Madrid.

RESEÑA HISTÓRICA *de la* **FIESTA DE TORO**

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA

(Continuación)

Por ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE



Antonio Romero, de la dinastía de los Romeros de Ronda.

Y, taurinamente, ¿hizo bien Fernando VII instalando una cátedra del toreo y confiándosela al mejor torero de los que entonces vivían? Esto es lo que a nosotros verdaderamente nos interesa de todo este jaleo tan manido y manoseado de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Y de todo esto es de lo que vamos a hablar, con el detenimiento compatible con la brevedad, pues, a mi modesto juicio, la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, dentro de la historia del toreo, señala y representa un intento aislado y nunca vuelto a repetirse, que entraña uno de los más curiosos, apasionantes y contradictorios problemas del arte de torear. ¿Se puede éste aprender, como cualquiera otra actividad artística, sujeta a reglas y normas, o por la intervención en él de un elemento de reacciones, a veces imprevistas e imprevisibles, cual es el toro, el arte de torear no puede ser objeto de enseñanza y, por tanto, el toreo es algo intuitivo que se posee o no, independientemente de las reglas establecidas por la costumbre y por las enseñanzas de los grandes lidiadores que fueron?

Divagación en torno a la personalidad de Juan Belmonte.

Dos ilustres escritores se han ocupado en sendos libros de la Escuela de Tauromaquia: don Pascual Millán y don Natalio Rivas. Estos dos libros agotan lo referente a este asunto, y be-

monte se aprenden muchas cosas. Se aprende la sencillez, gran virtud concedida a pocos triunfadores, sólo a los muy sensibles, a los que están por encima de la vanidad, pero sin salirse de ella, que entonces sería afectación; saben lo que valen, mas no se hacen valer. Yo he tenido la fortuna de tratar en mi vida hombres de mucha inteligencia, aplicada a diversos menesteres políticos, artísticos, culturales y científicos. Sin menoscabo para ninguno de ellos, he de decir que delante de Juan Belmonte he sentido más mi pequeñez, y no porque él se esforzara en hacerme sentir su superioridad, sino por todo lo contrario: por su enorme humanidad, por su enorme sentido humano, por su enorme comprensión, por su enorme bondad. De la vida, de esa cosa tan compleja y tan difícil de contornear que es la

vida, a Juan Belmonte se le escapa poco, y lo que se le escapa es porque él quiere que se le escape.

Cuando Juan Belmonte era torero, yo no me honraba con su amistad. Lo he conocido ya alejado de la lucha de los ruedos. Fuí belmontista. Mi belmontismo derivó de mi pastorismo. Vicente Pastor fué el ídolo de mi juventud. Cuando él se retiró, el arte de «Joselito» y de Belmonte estaba en su cumbre, esa cumbre tan alta y tan difícil de alcanzar. Entonces, en los toros había partidos. Se iba a los toros con un prejuicio. A aplaudir todo lo que hiciera nuestro torero, a silbar todo lo que ejecutaran los otros toreros. ¿Injusticia condenable, como todas las injusticias? Tal vez. Pero sana injusticia, beneficiosa injusticia que redundaba en favor de la fiesta, dándole calor, pasión, vehemencia, porque los partidarios estaban repartidos por los tendidos y se luchaba en ellos a gritos, que es la mejor manera de discutir a la antigua usanza española, y esta discusión se prolongaba días y días fuera de la plaza, creando una atmósfera taurina, y la atmósfera contiene el aire que respiramos y por el cual vivimos. Si las corridas de toros se encierran en la campana neumática de las plazas, terminarán por asfixiarse. Esto se ha dicho ya muchas veces. Todo se ha dicho ya muchas veces. Pero no importa. Bueno es repetirlo, que las cosas se aprenden machacándolas una y otra vez. Yo he silbado infinidad de tardes a «Joselito». Esto también lo repito en cuantas ocasiones viene a cuento. Y lo repito por dos razones. Una, para expiación de mi remordimiento. Otra, como exponente de saludable pasión. Porque mis silbidos al arte incommensurable de José Gómez «Gallito» no eran negación de sus innumerables cualidades y calidades de lidiador, sino preferencia temperamental por otro

Pedro Romero en los últimos años de su vida, cuando era director de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla.





Pepe-Hillo, muerto por un toro en la plaza de Madrid, y cuya desgracia, junta con otras, dicese que impulsaron a Fernando VII a fundar la Escuela de Tauromaquia. — (Retrato al óleo del diestro José Delgado (Hillo) de autor desconocido.)

arte parejo y distinto que subyugaba más mis apatencias artísticas. Porque el arte de «Joselito» era un arte deshumanizado, irreal de puro perfecto, y el arte de Belmonte era un arte humanísimo, el arte trágico, que es lo sublime en arte. Para amar es necesaria la dificultad, la mujer—aunque sea ya nuestra mujer—que tenemos que conquistar todos los días, como si fuera el primero de nuestras relaciones, es la mujer insustituible. La mujer que pronto dominamos, más pronto aún deja de interesarnos. «Joselito» era el dominador, podíamos prever su arte, aunque muchas tardes culminara bastante más allá de nuestras previsiones. Belmonte era la incógnita: a lo mejor nos defraudaba cuando más seguros creíamos estar de que nos iba a otorgar el regalo de una faena de muleta. Por eso fui belmontista. Por eso, ahora que me honro con su amistad, me alegro de no haberle conocido personalmente cuando toreaba. Porque yo, como tantos otros aficionados, creía que Juan Belmonte, fuera de la plaza, era un hombre huraño y misántropo, muy metido en la concha de su aureola, y quizá no hubiera podido sufrir la angustia de la posibilidad cercanísima de una desgracia irreparable. Por misericordia de Dios es hoy Juan Belmonte, no lo que yo creía que era, sino un hombre de una cordialidad, de una efusión, de una vivacidad de ingenio, de una humanidad tal, que casi, y esto es lo que tal vez sorprenda a más de uno, sobrepasa y borra su personalidad ingente como torero.

Necesidad o no de la Escuela de Tauromaquia.

Juan Belmonte no cree que «fué descabellada la creación de la Escuela». Y agrega: «Claro, que no se pueden formar toreros por lecciones, sobre todo toreros con personalidad propia, que es lo que tiene valor en el arte. También es muy difícil variar las formas de ejecutar las suertes. Ejemplo de ello fué «Paquiro», el más aventajado discípulo de la Escuela, que no hubo forma de hacerle dar estocadas derechas». Estoy conforme con Juan Belmonte. La personalidad no se adquiere con lecciones. Esto ocurre en todas las artes, aun en el arte de la cocina. Pero más aún que en ninguna otra actividad artística, en el toreo. Porque

hay muchas artes que el dominio de la técnica ampara y cubre la falta de personalidad, y puede deslumbrar al profano y aun al entendido que no «cale» muy hondo. En los toros, no. En los toros, la técnica sin la gracia, o la gracia sin el valor, es decir, sin la mezcla de estas tres cosas tan difíciles de reunir, no hay verdadero torero. Ahora se habla mucho de lidiadores y estilistas y de si las preferencias del público van por este último camino, desdénando la lidia escueta, la lidia monda y lironda. Y no confundamos las cosas. Siempre ha sucedido así. Un buen lidiador nunca ha sido un gran torero. Ejemplo evidéntísimo de esto lo tenemos en los grandes peones de brega que han intentado hacerse matadores. Todos, absolutamente todos, han fracasado de manera rotunda. Ya sé, ya sé que ha habido peones de brega que han sido grandes matadores. Pero es que precisamente éstos unían a su conocimiento de la lidia la gracia, el valor, la personalidad. Mas lidiadores escuetos, lidiadores mondos y lirondos, un Juan Molina, un Paco «Frasculo», un «Magri-

tas», un «Boni», un «Morenito de Valencia», un «Blanquet» y tantos y tantos otros que conocían y conocen todos los secretos de lidiar toros, desde que salen de los chiqueros hasta su muerte, pero que les faltaba la personalidad, no han podido pasar de sobresalir, eminentemente, eso sí, en los menesteres secundarios de la brega y de las banderillas. Lo que sucede ahora es que hay estilistas que no son más que eso, y eso es algo, pero es todo si, además, no saben lidiar. La prueba es que casi todos los estilistas puros se hunden, a pesar de todo su estilismo. He de advertir que al hablar de estilistas no incluyo a los que torear con los pies juntos, porque éstos son «Don Tancredos» fracasados.

Don Pascual Millán era un terrible enemigo de Fernando VII. Cae y se embrolla en todos los tópicos que sobre este Rey se han acumulado. Y el bueno de don Pascual, aficionado integérrimo, «lagartijista» apasionado, escritor, si no exclusivamente taurino, por lo menos dedicado con bastante asiduidad al cultivo de la literatura taurina, por odio a Fernando VII y

a todas sus disposiciones, odia la creación y sostenimiento de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, y exclama, airado e indignado: «Era preciso compendiar en un hecho toda aquella época de ignorancia y se fundó la desdichada academia taurina, digno resumen de tales tiempos». Esto, después de poner que no hay por dónde cogerle al castizo Fernando VII. Que me perdonen los manes de don Pascual Millán, pero se pasó de la raya, y su libro peca en el mismo pecado que escarnece: en el del fanatismo. Y esto no está bien, en un varón tan sesudo como don Pascual Millán, buen aficionado, pero bastante pelmazo.

Ya hemos visto que a Juan Belmonte no le parece mal la Escuela de Tauromaquia. A don Natalio Rivas, tampoco. Ni a mí. Voy, pues, en buena compañía. Adentrémonos en la historia y motivos de su fundación:

Motivos que impulsaron a Fernando VII a fundar la Escuela de Tauromaquia.

Don Natalio Rivas descarta todas las suposiciones gratuitas de las razones que impulsaron a Fernando VII a fundar la tan cacareada Escuela. Tales como la decadencia de las corridas de toros, decadencia promovida, como ya queda indicado, del marasmo sufrido a partir del año 1804, fecha de la prohibición de ellas por Godoy, y el periodo guerrero de la lucha contra los franceses invasores de la tierra española; o la de escarnecer la vida intelectual al decretar, casi simultáneamente, el cierre de las Universidades y la apertura de la cátedra taurina, estúpido argumento de los que enturbian todo, con la pasión política; o la de achacar las desgracias en los ruedos de espadas renombrados, como José Cándido, Antonio Romero, «Pepe-Hillo» y Curro Guillén, a la falta de preparación técnica, a la falta de un aprendizaje que dotara a los diestros de los conocimientos indispensables para burlar con el menor riesgo los peligros de la lidia.

(Continuará.)

«Paquiro», uno de los discípulos de la Escuela de Tauromaquia, quizá el más aventajado de todos.



Biografías de toretos célebres

Rafael Guerra y Bejarano "Guerrita"

(Continuación)

«Guerrita» fué en la cuadrilla de «Lagartijo», como «Bebe» en la de «Frascuero», la flor brillantísima que comunicara nuevo aroma a la afición de entonces, y en la cual se pudieran recrear la vista, cansada ya de contemplar los mismos matices de la pareja ya en decadencia.

En el año 1887 firmó «Guerrita» el contrato con la Empresa de Madrid para torear con el «Ecijano», «Fabrilo» y «El Bebe» cuatro novilladas, que se celebraron en los días 27 de febrero, 6, 13 y 27 de marzo, y en cuanto llegó la temporada de toros, apareció de nuevo en la cuadrilla de «Lagartijo», que tras un año de eclipse, volvía a la corte a torear con «Frascuero».

Durante la permanencia de «Guerrita» en la cuadrilla de «Lagartijo» tuvo un resonante triunfo como extraordinario peón de lidia en la corrida celebrada el 17 de abril de 1887 en Madrid. Reproduzco a continuación unos párrafos publicados en «La Lidia», relatando la labor de «Guerrita» en dicho día:

«Guerrita».—Nos permitimos colocar en este puesto de honor al simpático Rafael Guerra, que si no mató toros ayer tarde, ayudó mucho a que otros los mataran. No hay palabras con qué elogiar el trabajo tan hermoso por su discreción, su valentía y su oportunidad, que hizo ayer «Guerrita». Incansable, siempre en su puesto, corriendo los toros, abriéndolos, cerrándolos y refrescándolos; haciendo quites, recortando, colocándose siempre donde debía y toreando de medio cuerpo arriba, que es como se torea de verdad, «Guerrita» escuchó grandes aplausos durante toda la corrida, y quedó en las simpatías de los aficionados a una envidiable y justificadísima altura como peón de lidia. Bravo, «Guerrita»

De suerte que en tan escaso espacio de tiempo había logrado todos los ascensos de escala y llegado a la condiciada meta de la alternativa rodeado de la admiración de todos los públicos y en una época en que tantos matadores pretendían en vano despuntar al lado de Rafael y Salvador.

Basta esta circunstancia por sí sola para aquilatar el mérito de «Guerrita» y dar idea de las simpatías que le rodeaban cuando alcanzó la codiciada meta de matador de cartel.

En dicha situación se hallaba Rafael Guerra cuando la hora de la alternativa sonó para el sobresaliente diestro.

29 de septiembre de 1887.—La alternativa.

La corrida de la alternativa de «Guerrita» se llevó a cabo el día de San Miguel—29 de septiembre de 1887—, y para describir sus principales lances y curso de la misma, reproduzco varios párrafos de la crónica que de dicha fiesta realizó la firma de «Sobaquillo»:

«El califa iba de verde—¡el color del estandarte del Profeta!—, con primorosos arabescos de plata. Su heredero lucía espiéndido traje de perla y oro. ¡De oro y perlas es él, digan lo que quieran los ciegos de nacimiento!»

Celebrada la ceremonia de la alternativa, con solemnidad no usada desde el advenimiento de León XIII al Solio Pontificio y la coronación de Alejandro I como zar de todas las Rusias, se fué «Guerrita» hacia el bicho, con tan buena voluntad, que al tercer pase resultó embrocado y derribado.

Una vez hecho el quite por Rafael I, con el cual alternaba mano a mano, siguió trasteando el Guerra con siete pases más, todos de primera, y dió un volapié neto, hasta la mano, metiéndose en corto y por derecho con gran coraje. El califa en ciernes intentó el descabello por tres veces y acertó con la puntilla al primer golpe.»

El toro se llamaba «Arrecio» y pertenecía a la ganadería de Núñez de Prado, como todos los lidiados en dicha corrida.

El cuarto toro de la corrida, que fué el segundo que mató «Guerrita», atendía por «Tinajero», y para ver lo que ocurrió volvió a dejar la pluma a «Sobaquillo»:

«Dos admirables pares de «Mojino», que levantaron de cuajo hasta los sillares del edificio morisco, y uno desigual de «Almendra», prepararon a «Tinajero» para que lo despachase «Guerrita» de una estocada caída en el lado contrario, citando a recibir dos veces con el pie, la flámula y el cuerpo, dejando llegar al bicho con sin igual valor, y saliendo de la suerte hechos una pelota el toro y el torero. Descabellado el bicho, recibió

Rafael II una ovación indescriptible. Los madrileños estaban ya como hace diecinueve años en tal día y a tal hora... ¡Y me quedo corto!»

Y en la lidia del quinto y sexto toros:

«Guerrita» fué aclamado por la muchedumbre y se excedió a sí mismo en los quites. Hubo momentos en que hasta el toro le aplaudió.

—¡Ellos! ¡Ellos!—gritaron las masas, y cogieron los palos entrambos Rafaelles. Monumentales fueron los dos pares de «Guerrita», como archimonumentales los de «Lagartijo».

Adornado «Romerito» (sexto de la corrida) con dos pares de primer orden, puestos por «Mojino», y uno caído de «Verduti», fué perfectamente trasteado por «Guerrita» y despachado de una algo tendida, que el nuevo espada dió a toda ley; un pinchazo bien señalado y una hasta la mano, superior. (Ovación final.)

Y termina «Sobaquillo» la crónica diciendo: «Conque ya saben ustedes quiénes y cuántos son los héroes del 29 de septiembre. No son tres, sino cuatro, si se me permite la audacia de elevar al toreo a la altura de la revolución: Prim, Serrano, Topete y «Guerrita».



↑ Retrato de Rafael Guerra «Guerrita» en el año en que tomó la alternativa.

← «Guerrita» entrando a matar en corto y por derecho.



Se mostró «Guerrita», durante dichas temporadas, como peón de lidia, bravo, inteligente, duro e incansable, y pareando como él lo hacía, con triunfos ruidosísimos, al mismo tiempo que alternaba con su matador en provincias con estoque y muleta, había despertado el interés general y obtenido repetidas tardes de triunfo. Pero dentro de una corporación respetable, a cuyo frente se hallaba el coloso cordobés, Rafael I, veíase que Rafael II tenía necesidad de reprimirse; no podía dar rienda suelta a sus juveniles ímpetus, porque, en medio de las libertades que le permitía su matador, la aureola que rodeaba a «Lagartijo» imponía al Guerra ciertas reservas naturales, que le impedían moverse completamente a sus anchas. Hacía dos años que Rafael II representaba el papel de hijo en la cuadrilla del padre, y el público deseaba ya darle el ascenso definitivo.

Tenía «Guerrita» veinticinco años; hacía once que había comenzado a torear novillos con la cuadrilla de «Los niños de Córdoba», y seis nada más habían transcurrido desde que ingresara de banderillero en la cuadrilla de «Bocanegra».

Queda visto que la alternativa del debutante fué acogida con aplauso general, descansando, a partir de este momento, sobre él todas las esperanzas de los aficionados de entonces.

Habiéndose verificado la toma de la alternativa a finales de la temporada taurina, en dicho año sólo toreó «Guerrita» dos corridas más: una el 10 de octubre, en Barcelona, y otra en Madrid, el día 15 del mismo mes.

«Guerrita» salta el charco.—Cómo terminó de cuajarse en La Habana.

El día 30 de octubre, al finalizar la temporada, embarcó en Cádiz para La Habana, en compañía de «Currito», llevando contratadas 14 corridas de toros y recibiendo dieciocho mil duros, más la parte de beneficios correspondiente, de cuyas 14 corridas solamente toreó 12, por sufrir, respectivamente, en las corridas de inauguración y sexta de abono, las dos cogidas reseñadas.

Toreó en La Habana, y lleva una brillante campaña ante un público que juzga al diestro de una forma serena y con imparcialidad absoluta, entregándose por completo a estudiar a las reses y afianzándose aún más en la suerte suprema. Verificó su beneficio el día 5 de febrero del año siguiente (1888), con una corrida en la cual actuó de único matador, entendiéndose las con seis toros de la ganadería de Rafael Molina, y empleando para matarlos seis estocadas, dos pinchazos y un descabello. La entrada bruta ascendió a 23.000 pesos, y recibió Rafael, además de sus beneficios, multitud de regalos, a cual más valiosos. Regresa a España, desembarcando en Cádiz el día 21 del mes de marzo.

«Guerrita» frente a frente del «Espartero». Sitio y rendición de la plaza de Sevilla.

Voy a poner en antecedentes de cómo y por qué la afición sevillana pone al «Espartero» frente a «Guerrita»:

Manuel García acababa de aparecer en la ciudad del Betis como un fenómeno de la tauromaquia, que traía locos de entusiasmo a todos los aficionados de aquella andaluza región. Contábanse de él maravillas; los sevillanos lo presentaban como un monstruo de habilidad y de arrojo, destinado a eclipsar en término muy breve a «Lagartijo» y «Frascuero» y a inaugurar nueva era de gloria en los faustos de la moderna tauromaquia. La revelación del «Espartero» había sido súbita, fulgurante; el novel diestro comenzaba su carrera, al decir de los periódicos sevillanos, denotando cualidades tan asombrosas de matador, que ninguno de los existentes podía compararsele en el último tercio de la lidia.

Todo eso y aún más decían los sevillanos hablando del «Espartero», a quien, como queda dicho, presentaban como algo fantástico.

En Madrid, el problema parecía resuelto con «Guerrita». Por este lado había un foco de luz que deslumbraba y hacía concebir esperanzas halagüeñas. Sevilla había tenido al «Tato», inutilizado en la flor de la edad; había tenido al «Gordito», en quien el matador de toros dió al traste con los triunfos del banderillero colosal, y, últimamente, al «Currito», lleno de linfa, había malogrado las ilusiones forjadas por un principio de carrera, henchido de promesas superiores.

La cuna de Romero y «Costillares», de Manuel Domínguez y del «Curro» estaba, pues, vacía, y era grandísimo y natural el deseo de acostar a alguien en ella, tanto más cuanto que Córdoba, elevada al máximo de la gloria por Rafael Molina, veía asegurada la sucesión de éste con el advenimiento del Guerra en Madrid.

El «Espartero» era, en suma, la flor criada en el hogar, y «Guerrita» la planta exótica.

La primera corrida verificada en Sevilla, el día

de Pascua, 15 de abril de 1888, lidiándose seis toros de la ganadería de Orosco, por el «Espartero» y «Guerrita», dió como resultado el llevarse más fama el primero que el segundo, y a continuación transcribimos un verso publicado a raíz de dicha corrida, y cuyo autor fué un cronista taurino apodado «Carrasquilla»:

*«Que Córdoba es muy bonita
con su arabesca Mezquita...
Pero... lo que dice Eduarda:
¡No hay quien puea con la Girarda...!»*

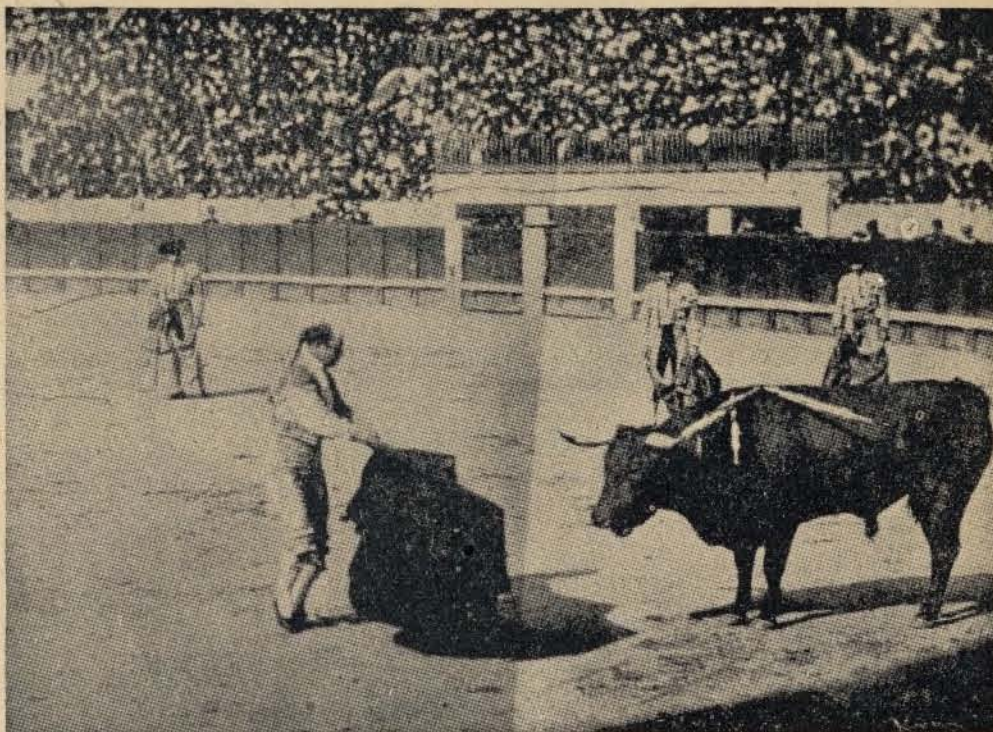
En la segunda y tercera corridas, celebradas los días 18 y 19 del mismo mes de abril, y con ganado de don Anastasio Martín y Miuras, respectivamente, tales proezas realizó el cordobés, que la misma pluma de «Carrasquilla» publicaba:

*«Anoche mismo me dijo Andrea:
—¡Ay, ay...! La Girarda se tambalea.»*

Y aún después de la celebrada el día 25, la antedicha firma rubricaba:

«Al salir de la plaza dije en alta voz: «¡El que sea «esparterista» que alce el deo! ¡Toito el mundo se metió las manos en los bolsillos! Y un guasón preguntaba: «Zeño, ¿cerá pocible que en pleno abril haga tanto frío?»

En resumen, el problema de la competencia quedaba resuelto a partir de la corrida siguiente a la del debut de «Guerrita» en Sevilla, haciéndole pronto



Suerte suprema del Guerra: Igualando a un toro para matarlo como él lo hacía.

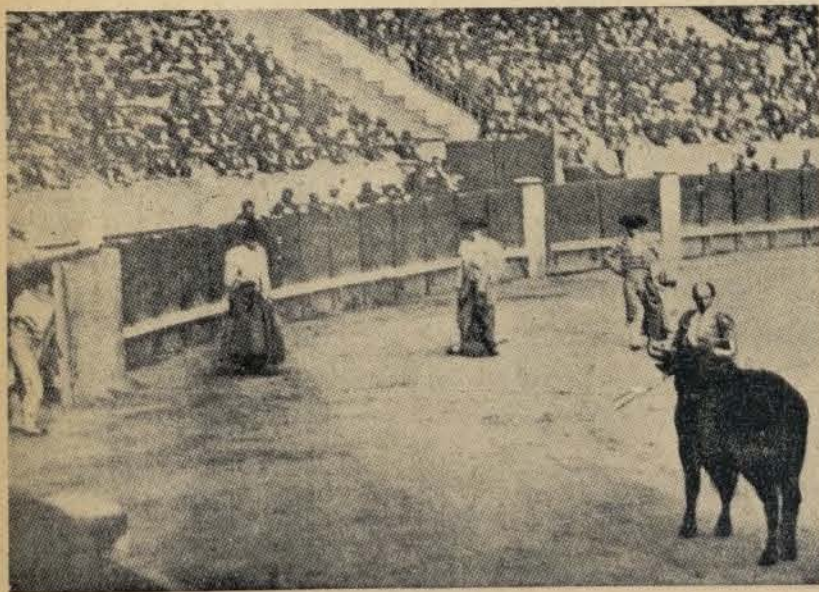
justicia los sevillanos, y convenciéndose al mismo tiempo de que entre la Mezquita y la Giralda no cabían competencias. Dicho sea todo lo anteriormente expuesto, sin intención alguna de adular a unos ni ofender a otros.

El «Bebe» y «Guerrita».—Cogida y muerte taurina del «Bebe».

El año 1888 registra una efeméride dolorosa: la de la cogida del «Bebe». Rafael Sánchez «Bebe» se reveló torero en la plaza de Madrid inopinadamente. Nadie le conocía; era un niño, una criatura—de aquí nació su apodo—, virgen de todo reclamo. Pisar la arena y recogerlo «Frascuero» e incorporarlo a su cuadrilla, todo fué uno.

«Lagartijo» había dado la alternativa a Rafael Guerra, y el público, que juzgaba a éste como único heredero del gran Rafael, vió en la alternativa el testamento taurómico de «Lagartijo». El destino condenó a «Frascuero» a una lucha constante y tenaz con el califa cordobés. «Lagartijo» tenía un hijo en el toreo, y para la afición e incluso para el mismo «Frascuero», era necesario que éste lo tuviera también, y quiso tenerlo en el «Bebe», presentándosele, al parecer, una ocasión inesperada de sucesión y de intentar poner a su hijo adoptivo frente a «Guerrita».

«El Bebe» era alocado en exceso y valiente hasta la temeridad, y una vez ingresado en la cuadrilla de Salvador, empieza pronto a estoquear toros, alternando con su matador y adjudicándole el público el puesto de heredero de «Frascuero».



El «maestro» recreándose en la muerte de uno de sus toros, después de una estocada hasta la bola.



La Real Sociedad de San Sebastián ha vuelto



José Angel Berraondo, padre del fútbol guipuzcoano, en la época en que defendía en el campo los colores de la Real.

poseían, y con que los chavales de entonces ornábamos a nuestros ídolos. Y un buen día, vísperas de las fiestas del Pilar, nos llegó la magna noticia: La Real venía a Zaragoza. Y llegó, vió y venció. Por tanteo estrepitoso. Un seis-uno, en que el uno de los baturros fue remedo de aquel goal conseguido por un equipo nacional francés tras los trece que el de Inglaterra le había marcado. Cuentan las crónicas que el guardameta de la rubia Albión, en ocasión que un delantero galo se aproximaba a la meta inglesa, lo animó con la voz a intentar el «chut». Salió el disparo, inocente, al centro del marco, y el portero sajón se retiró galantemente a un lado y dió paso franco al balón. Con la gorra en la mano saludó al público, al mismo tiempo que exclamaba: «¡Viva Francia!». Nosotros oímos el vitor a nuestra tierra salir de boca de Agustín Eizaguirre, y nos sentimos ganados por el rasgo. La Real cuenta desde entonces con un seguidor más, que hoy encuentra lenitivo al pesar producido por el descenso del Zaragoza, en que el puesto que éste deja vacante en la primera división lo ocupe aquel once que hace casi treinta años le regaló un tanto caballerosamente.

Los chiquillos de mi época no podíamos recoger otros cromos que los que entonces había (los que encerraban las cajas de fósforos), ni coleccionar más fototipias que las que los editores lanzaban atentos a la actualidad. La actualidad se llamaba entonces, con alternativas dominicales, «Bomba», «Machaquito», «El Gallo», Vicente Pastor... Prensa deportiva no existía para los colegiales ávidos de noticias. En Madrid se editaba «España Sportiva», cuyas páginas se llenaban de anuncios de casas dedicadas a la venta de ciclos, que era el deporte que contaba con más adeptos. Así, pues,

Después he tenido múltiples fundamentos para admirar a la Real Sociedad de San Sebastián. Entonces, que apenas pasaba de la decena de años, el único era la admiración que sentíamos por aquellos jóvenes vascos, estudiantes en Zaragoza, que llevaron a nosotros el veneno del fútbol. Veneno que nos entra por los ojos al contemplarles en acción en el campo Sepulcro zaragozano, en sus jornadas de entrenamiento infatigable; veneno que se nos adentraba aún más profundamente al escuchar a la estudiancina guipuzcoana la narración de los hechos de los «ases» de su tierra, Rácing y Spórting, de Irún, y la Real Sociedad de San Sebastián.

De los nombres que escuchábamos boquiabiertos había tres que nos llevaban al éxtasis. Constituían el trío, que a su vez lo era defensivo del equipo de Donostia: Eizaguirre, Berraondo y Arrate! Suma y compendio de todas las virtudes futbolísticas, que en realidad

nos quedamos sin documento gráfico (esa foto con autógrafo que hoy no falta en ninguna cartera de alumno de bachiller) que hoy hubiera dado valor a estas líneas.

Corrieron los años, y un día, ya en Madrid, nos alineábamos, vestidos con el uniforme de la Gimnástica, junto a uno de los delanteros centros más completos y de juego más eficaz que haya dado la ciudad de la Concha: Luisito Urbina. Una temporada en la veterana y gloriosa Sociedad, y al siguiente coincidíamos ambos en el Madrid. El fervor de mi compañero por el equipo de su tierra nos contagié. Nos alegramos tanto como él cuando pudo cumplir su aspiración, y leímos esta delantera en un «once» de la Real: Mariscal, Juantegui, Urbina, Galatas y Kiriki. Una delantera magnífica, espléndida de juego y con remate durísimo en los pies de todos sus elementos. Nuestro amigo se retiró sin tiempo de ser actor en las emocionantes efemérides que tuvieron por escenario el campo del Sardinero santanderino.

Fué en el año 1928, cuando, tras unas eliminatorias brillantes, llegaba la Real de San Sebastián a la final del Campeonato de España. Por segunda vez en su existencia, y precisamente ante idéntico contrario: el C. F. Barcelona. Formaron los equipos en la siguiente forma: Real Sociedad: Jesús Izaguirre; Arrillaga, Zaldúa; Amadeo, Marculeta, Trino; Bienzobas, Mariscal, Cholin, Kiriki y Yurrita. Por el Barcelona: Platko; Walter, Mas; Guzmán, Castillo, Carulla; Piera, Sastre, Samitier, Arocha y Parera. El partido, jugado el día 20 de mayo, terminó en empate a un tanto, después de una prórroga. Dos días después se repetía la contienda con idéntico ardor y con el mismo resultado negativo. Los equipos han quedado diezmados por la dureza terrible con que se han desarrollado las dos finales. La tercera, que será decisiva, se relega hasta el 29 de junio. Vencen claramente los catalanes, por tres a uno. El esfuerzo de los donostiarras en la Olimpiada de Amsterdam, en la que han representado a España, junto con algunos elementos de la Real Unión y Alavés, se ha dejado sentir, y su Club, uno de los que más han laborado en pro del fútbol, queda una vez más en la antesala del título de campeón.

Por derecho propio, como sucesor de la Sociedad Ciclista de San Sebastián, formó en la división de honor, en el primer torneo de Liga jugado el año 1929. En ella se mantiene hasta la temporada 34-35, en que desciende. Tras la guerra de liberación consigue el reingreso en la competición de 1940-1941. Cae de nuevo en el grupo inferior, y este año vuelve a alzarse con el subcampeonato de su categoría y obtiene el ascenso automático. Todos los viejos aficionados hemos saludado con emoción el alegre retorno del gran conjunto guipuzcoano al grupo de los privilegiados. El Reglamento que rige la Liga es impecable. Implacable también. Muchas veces, al recordar aquellos nombres que hoy están casi borrados y un día brillaron esplendorosos (Arenas, Real Unión, Europa...), pensamos si no sería justo que junto a esos coeficientes matemáticos del «goal-average» que pueden decidir, ¡por unas décimas de goal!, el hundimiento de un Club con mucha historia, no debía existir otro en relación con ésta que los salvara. ¿Que la vida es así y unos suben mientras otros, pese al abolengo, se hunden? Bien; éste es sin duda uno de los «alicientes» de este mundo. ¡Pero sería tan bonito que los deportistas hiciéramos «para nosotros» otro un poco mejor, con más alma y corazón!

JOSE M.^a UBEDA



He aquí el saludo cordial de dos grandes delanteros centros: Yermo, del Arenas de Guecho, y Luis Urbina, de la Real de San Sebastián.

Carta de Australia

NOVELA SENTIMENTAL

Por EDELYN MARTHY

El señor Williams estaba convaleciente de una larga enfermedad. Poco a poco, iba dedicándose a sus tareas. Era el principal socio de una firma conocida, y su correspondencia resultaba copiosa. Como su estado ya se lo permitía, se la enviaban a su casa, y Sheila, su hija, hacía las veces de secretaria, leyendo y contestando las cartas.

En este trabajo estaban padre e hija. Y la joven había dado fin a muchas de ellas, cuando abrió una de las últimas. Sus ojos recorrieron las líneas con sorpresa. ¡Esa carta sí que salía de lo común!

—¿De qué se trata, Sheila?—preguntó el padre, al ver que se detenía.

—¡Oh, nada, papá! Es una cuenta.

—Ponla a un lado y envíala al escritorio.

—Así lo haré, papá.

Con un desparpajo único, Sheila apartó la carta y continuó leyendo las demás.

Cuando terminó, el señor Williams le dio sus instrucciones y Sheila se fué a su habitación.

Cerró la puerta con llave, tomó la carta que tanto había picado su curiosidad, se sentó y comenzó a leerla detenidamente.

Procedía de Australia y estaba firmada por un tal Gerald Wayne. Rogaba al señor Williams que le buscara una buena esposa. Sabía que él era en la ciudad la persona más importante y que, sin duda alguna, conocería muchas jóvenes dignas y honestas. Gerald Wayne explicaba que sus padres habían vivido en esa ciudad; de ahí sus deseos de ligarse a ella. Por otra parte, él era un hombre trabajador, sin vicios y en buena posición. Se ocupaba de la cría de lanares.

Decía que la belleza no era condición indispensable para que su futura esposa conquistara su corazón; ni tampoco el dinero. Sin embargo, hacía la salvedad de que ambas condiciones influirían en su decisión.

Al terminar de leer, Sheila rió de buena gana. ¿Qué clase de tipo sería ese Gerald Wayne? ¿Un humorista o un cínico? ¿Por qué no le contestaría ella misma y podría poner así una nota de diversión en su vida aburrida en esa ciudad del interior?

No caviló mucho, y, riendo a solas, comenzó la respuesta.

En ella hacía saber al señor Wayne que se llamaba Jane Smith, y que el señor Williams le había entregado su carta. Afirmaba que era mecanógrafa, pero que tenía pasión por la vida hogareña. Poseía una pequeña suma de dinero (antes de escribir, Sheila revisó su cartera y comprobó que tenía siete chelines. No mentía, pues; su conciencia estaba tranquila). En cuanto a su aspecto físico, no creía ser fea. Acto continuo tomó una fotografía de Greta Garbo y la describió con todos sus rasgos al solitario y cariñoso colono australiano. Por último, hacía saber al señor Wayne que debía contestarle a «Poste Restante», y le daba la dirección del correo de un pueblo cercano. Le describía luego las bellezas de Londres, a donde ella solía ir de cuando en cuando; le enumeraba sus lugares principales, sus monumentos. Y luego terminaba diciendo:

«Yo creí que tendría tema para escribirle muchas cosas. Pero veo que no es así. Realmente resulta difícil ponerse en comunicación con una persona a quien no se conoce. Espero que en el futuro nuestra correspondencia será más larga. Deseando que todas sus ovejitas estén bien de salud, me despido de usted.»

Y firmaba con su nombre supuesto.

Cuando calculó que ya habría llegado la respuesta, Sheila sacó su coche y fué al correo del pueblo vecino. Roja como la grana, recibió de manos del empleado la ansiada carta de Australia.

La guardó en su cartera con fingida indiferencia, puso en marcha el automóvil y sólo después de haber recorrido una larga distancia se detuvo en un lugar solitario y se dispuso a leer su contenido.

No había recorrido más que unas líneas y comprendió que quien escribía ahora era un hombre distinto, o, por lo menos, un hombre de humor distinto del que enviara la carta a su padre. La primera había sido redactada con espíritu serio. Esta, en cambio, seguía la corriente jocosa que ella imprimiera a la suya.

Con pésima ortografía y peor redacción, le comunicaba que Gerald Wayne, quien en el lugar era conocido por el apodo de «Caradura», había muerto. Como encontrara entre los efectos pertenecientes a Wayne sólo una carta de ella, Jane, suponía que esa noticia no destruiría su tierno corazón. Y decía también que había muerto en una pelea con otro hombre de la chacra. Quería hacerle saber, además, que nunca había sido Wayne hombre de bien. Por lo tanto, le rogaba que no se afligiera por él. «A rey muerto, rey puesto». El se ofrecía para lo que Jane deseara mandar, asegurándole desde ya que era un partido mucho más conveniente que el otro.

«En cuanto a mis encantos personales—escribía al final de la carta—mi modestia no me permite explayarme. Bastará con que le diga que tengo rasgos



clásicos y hermosos ojos azules. Mi único defecto está en las piernas, ligeramente arqueadas, debido a las muchas horas que paso a caballo. Por lo que respecta a mi posición, le diré que soy un humilde pastor, pero, ¡qué tiene eso que ver cuando el amor une a dos tiernos corazones!

«Espero que usted me conteste, y espero también que esta correspondencia tenga una feliz terminación. Quiero decir con esto que tengo la esperanza de que en un futuro no lejano nos unan los sagrados lazos del matrimonio. Y desde ya me comprometo a ser un buen esposo, por lo menos, mucho mejor que el extinto Gerald Wayne. Esperando que ésta la encuentre bien de salud, se despide de usted su enamorado pastor.—Timoteo Clark.

P. S.—Volveré a escribirle dentro de una o dos semanas.»

Después de leer la extraña misiva, Sheila quedó mirando el papel con una rara expresión en su bello rostro. Luego, sin poder contenerse, prorrumpió en una ruidosa carcajada.

Algunas horas después, encerrada en su habitación, se dispuso a estudiar a conciencia «el caso». Por alguna razón que quizá fuera la expuesta en la carta, era obvio que Gerald Wayne estaba «fuera de combate». En su lugar había aparecido esa otra persona que firmaba Timoteo Clark. La correspondencia tomaba un significado completamente distinto.

¿Continuaría ella la broma? Y si se decidía a hacerlo así, ¿qué léxico debía emplear con una persona que desconocía tan absolutamente las más elementales reglas de la gramática?

El asunto no era, pues, de fácil resolución. Al final, decidió esperar durante una o dos semanas. Si recibía otra carta de Timoteo Clark, trataría de encontrar una salida.

A la semana siguiente fué al correo. No había carta para ella. Volvió una semana después. Esta vez le entregaron una. Cuando Sheila leyó su breve contenido, sintió que su corazón dejaba de latir. Decía:

«Querida Jane: Siento tanta curiosidad de saber quién es usted, que he decidido ir allá para averiguarlo. Con toda seriedad, S. S. S.—«Timoteo Clark».

(Continuará.)

LVCRECIA

LA MUJER QUE FUE CAUSA DEL DERRUMBAMIENTO DE LA MONARQUÍA ROMANA

SU VIOLACIÓN POR TARQUINO "EL SOBERBIO", PRIMER MOTIVO DE LA DESAPARICIÓN DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.—LA CASTA ESPOSA DE COLATINO SUPO PREFERIR, ESTOICAMENTE, LA HONRA A LA VIDA

La historia de Roma ha consumido sus primeros reyes: Rómulo y Remo, fundadores, han marchado al pretérito de la realidad o de la mítica; Muma Pompilio, Tulio Osilio, Auco Marcio, Servio Tulio y Tarquino el Mayor, han dejado un rastro más o menos efímero en su deambular vital.

A través de esta genealogía de monarcas, Roma ha logrado extender y afianzar, por la suprema razón de las armas, sus límites. La ciudad del Lacio se ofrece ya como valor fundamental en aquella hora del mundo, y ante las enfervorizadas y bélicas legiones, la tierra parece empuñarse.

Sin embargo, en este año 510, antes de Jesucristo, la tiranía despótica y arbitraria del monarca Tarquino ha logrado cuajar, entre los patricios, un poderoso fermento de oposición a la suprema magistratura.

El fenómeno se refleja con intensidad diáfana, sobre todo, en el foro, en el stadium, en el ambiente de Roma. Se habla, con acre censura, de las torvas medidas adoptadas por Tarquino en orden a la agricultura, a la religión, al foro, al comercio, e incluso a la familia. Hasta los estoicos y cínicos filósofos y los desenfadados clientes rasgan sus clámides, como exteriorización de protesta.

Mientras, las costumbres, influenciadas por la inmoralidad del poder, se relajan peligrosamente en las clases elevadas. Los hogares de los patricios sienten cómo un nuevo, sensual, materialista concepto de la vida, socava sus cimientos.

Un pleno sentido fisiológico de la existencia ha de triunfar, luego, incluso entre los libertos y esclavos.

Por otra parte, Roma está, una vez más, en guerra.

UNA APUESTA EN EL SITIO DE AROEA

Tienda de campaña de Sexto Tarquino, hijo primogénito del monarca. En derredor de rústico tábulo, charlan iocosamente aquél, sus dos hermanos y Tarquino Colatino, primo de ellos.

Son juveniles, ardorosos y gallardos todos. Las bravas legiones, romanas están viril e incluso apolíneamente representadas por estos guerreros.

Vino cálido y vital, sangre de las viñas del Lacio, pasa de las anchas y panzudas cráteras al estómago de los circunstantes. Las libaciones se suceden cada vez con más frecuencia.

Dos nuevos guerreros penetran en la tienda.

—El gran Marte se muestre siempre favorable a vuestros designios, ¡oh, bravos entre los bravos!

Jocosas carcajadas de los así saludados corean.

—¿Puede conocerse, noble Publio, a qué es debida salutación tan óptima?

—A que mis compañeros de entrada y yo nos sentimos acariciados por el aura de la felicidad.

—¿Bellas y esquivas matronas se compadecieron de vuestras lamentaciones amorosas?

—No, dilectos; llegó de Roma Cayo Valerio Teatino.

—¿Por Jove! ¿Y dónde se halla?

—Esperando vuestra venia, para pasar, con toda la prosopopeya que le es característica, a contaros las novedades que hay por la ciudad. ¡Cayo Valerio Teatino: no os gocéis en crisar, con la dilación de vuestra presencia, el trémulo y apasionado corazón de vuestros hermanos de armas! ¡Deíais ver, por todos los dioses del Olimpo!

Cayo Valerio Teatino se yergue, aún con traje de marcha, en la puerta de la tienda. Un instante después, brazos viriles lo profundizan en el círculo de guerreros.

Sexto Tarquino exige:

—Cuenta: ¿qué hay de Roma?

Cayo Valerio hace una pausa solemne. Y, acaso, cínico, tal vez justiciero, afirma:

—Amor, amor y amor. Permitidme el eufemismo, porque Cupido marcha muy del brazo de Baco y de Priapo.

—Luego, ¿triunfa el vicio?

—Más que nunca; en todas las clases sociales. Roma degenera por instantes. La raza se depauperiza. No hay casa sin mancha, ni matrona o plebeya sin diversión.

Tarquino Colatino, el guerrero enamorado de su bella esposa Lucrecia, rechaza el aventurado y bárbaro juicio:

—Cayo Valerio, no generalicéis vuestras con seguridad singulares impresiones.

El interpelado se rebela, con protesta incisiva:

—¿Sabe el gran Tarquino Colatino que en dos años se han duplicado los prostibulos de Roma? ¿Que las fiestas, cualesquiera sea su causa, degeneran, con terrible frecuencia, en bacanales inconcebibles? ¿Que las matronas más se preocupan de su propia holganza y bienestar que de recordarnos a los que estamos aquí frente al enemigo y la muerte?

Un silencio espeso, acre, triunfa en el estrecho recinto; la poderosa respiración de los guerreros turba tan sólo la absoluta calma.



↑ Las hordas bárbaras habían de poner el epílogo a la triste historia de Lucrecia. Muerte de Lucrecia. (Cuadro de E. Rosales.) →

Y es, al fin, Sexto Tarquino quien plantea lo definitivo:

—Vos, Cayo Valerio, quizá cuajado el espíritu de la filosofía cínica que cada vez encuentra más adeptos en la ciudad y las villas, negáis, abiertamente, las virtudes domésticas y hasta femeninas de la matrona romana; y vos, Tarquino Colatino, sostenéis lo contrario. Perdonad, dilecto primo, esté mi ánimo inclinado hacia la posición adoptada por Cayo Valerio; y en tal conformidad con la idea por éste expuesta, que no dude en haceros una apuesta.

Tarquino Colatino se yergue, para luego decir escueto:

—Oigámosla.

—Es ésta: Apuesto a que si hiciéramos los aquí circunstantes un viaje de improviso a Roma, encontraríamos a todas nuestras mujeres, absolutamente a todas, entregadas a los más diversos esparcimientos, y ninguna al goce de la vida familiar. Si fallase en una, pierdo lo que vos estiméis; si, por el contrario, se cumple lo que Cayo Valerio y yo sostenemos, soy libre de solicitar lo que plazca. ¿Estaríais conforme, Tarquino Colatino?

La respuesta del interrogado es rotunda:

—Sí.

—Pues el intervalo de paz de la campaña permite llevar a término la prueba. Hablaré con mi padre, y mañana mismo partiremos los siete. Llegaremos de incógnito a los siete hogares; el último visitado será el

vuestro, Tarquino Colatino, puesto que es, sin duda, del que estáis más seguro.

EL RESULTADO DE LA APUESTA

En la misma jornada, los guerreros pretenden dar por concluidas las partes de la apuesta. Y a medida que se producen las visitas a las residencias de los patricios, Sexto Tarquino ve más rotundo y definitivo el triunfo.

Porque, en efecto, ni la esposa del propio Sexto, ni las mujeres de sus hermanos, ni las matronas de sus compañeros de armas se han ofrecido en la imprevista visita como dignas de ocupar el tálamo nupcial: unas, por evidente despreocupación del esposo ausente—estereotipada en orgías—; otras, por adulterio; alguna, por injustificada ausencia.

Pero Tarquino Colatino tiene absoluta fe en su victoria, porque la tiene en su amada Lucrecia.

Y, en efecto, los siete guerreros descubren a la noble matrona, en el centro de sus afanosas esclavas, dedicada a la doméstica labor de hilar lana.

Tarquino Colatino, triunfador, invita a sus compañeros de armas. Íntima, familiar fiesta se cumple. Durante ella, los ojos negros y profundos de Sexto Tarquino se han encendido muchas veces, con erótico fuego, al descansar sobre la bella, espléndida, señorial y altiva figura de Lucrecia.

El alba siguiente sorprende de regreso a los siete guerreros.

PRESENCIA DE LA TRAGEDIA

Galopan los siete patricios, en silencio. De ellos, seis acaso dejen volar sus pensamientos hacia los campos de batalla, que volverán a ver

al finalizar la jornada. Y sólo uno, Sexto Tarquino, lleva el demonio en el corazón, y la imagen casta de Lucrecia en la acerada retina.

El fragor de los cascos de los caballos sobre la tierra parece pronunciar, monorrítmico y eterno:

—Lu... cre... cia; Lu... cre... cia; Lu... cre... cia...

Y Lucrecia se hace cada vez más real a la exacerbada mente de Tarquino el Soberbio. Ahora, el deseo viril recuerda a la matrona envuelta en la suave y esponjosa túnica con que se ofreciera a la vista de los hermanos de armas de su esposo y señor.

Sexto Tarquino no puede vencer la atracción del demonio. Por ello, con un gesto frena la marcha de los legionarios.

Explicación escueta triunfa:

—Regreso a Roma: olvidé motivo trascendental.

Alguien sugiere:

—¿Deseáis compañía?

—No es preciso; mañana os alcanzaré en ruta. Es cuestión de una noche.

De noche, Sexto Tarquino llama a la puerta de Lucrecia. La matrona romana es cortés y hospitalaria con el recién llegado.

El guerrero lleva preparada bien la excusa:

—Perdonad, Lucrecia, turbe vuestra paz hogareña; pero vime precisado a regresar a la ciudad, debido a involuntario olvido de una encomienda del rey, padre mío y tío vuestro; y como se hace muy lesivo para los intereses de mi viaje acercarme a mi residencia, os ruego hospitalidad en la vuestra para esta noche.

Lucrecia no acierta a comprender dolosa intención en los propósitos de Sexto Tarquino. Y, así, dicta a sus esclavas oportunas órdenes para que el ilustre soldado goce de todos los beneficios de la hospitalidad.

Es ya la alta noche. En la hermosa quinta de Coletino todo duerme, menos el demonio del deseo, encarnado en Sexto Tarquino. Las tinieblas han sido vencidas por una luna que tiñe de luz de plata todas las cosas. Un aire embalsamado, que llega de la otra orilla del Lacio, donde triunfan los jardines de las regias residencias, embriaga los ya hipertensidos sentidos del huésped.

Al fin, como ofidio en ataque, se desliza del lecho Sexto Tarquino. Luego, echa sobre su desnudo torso el manto guerrero; por último, abre la puerta de acceso al pasillo.

Ahora avanza pegado a las sombras; la luz de la luna, que llega a través de los vanos de la arquitectura pétreo, orienta al varón. Al fin, éste se encuentra frente a la estancia de Lucrecia.

Ni un instante Sexto Tarquino duda. El demonio del deseo le ha convertido en autómatas. Por ello, con infinita cautela hace girar el pomo de la cerradura de la puerta. La estancia se abre ante los ojos estremecidos, ardorosos y gélidos a la vez del intible.

Y la mirada descubre, entre sedas y tapices, el reposado, noble, sereno y armonioso cuerpo de Lucrecia.

Y el hombre, hecho bestia, enloda para siempre la pureza de una mujer.

IVAN DE VARGAS





Ya sé que las múltiples ocupaciones os arrastran, insensiblemente, destruyendo, de cuajo, vuestros buenos proyectos. Pero, de vez en cuando, no estaría de más que os enfrentáseis con las ocupaciones y les robaséis de un día, una hora. Nada más. Esto podría suceder una vez por semana, y esto resultaría admirable un domingo. No es suficiente robar horas; es preciso exprimir las de tal manera que den todo su jugo. Veamos juntas lo que en ellas podríais hacer.

Comencemos por el cabello. Ante todo, con uno de esos cepillos que todas poseéis y que hemos visto son insustituibles para la belleza, cepilláoslo vivamente en todas las direcciones para eliminar hasta el más leve asomo de polvo o suciedad. Mientras tanto, habréis colocado en un pequeño recipiente tres o cuatro cucharadas de aceite de oliva para que se caliente. Se reparte el cabello en numerosos mechones, y con un algodón o un trapito absorbente, bien humedecido en el aceite, se pasa por todos los mechones. El aceite debe utilizarse todo lo caliente que se pueda. Inmediatamente se toma una toalla bastante gruesa y se envuelve bien la cabeza para que conserve cuanto tiempo sea posible el calor y para que el cuero cabelludo absorba bien el producto aceitoso. La aplicación del aceite—volvemos al tema de los cepillos—puede hacerse igualmente con uno pequeño...

Dejemos olvidada la cabeza con su magnífico turbante, y pensemos en esta época en que comienzan a aparecer los graciosos trajes primaverales y en que los brazos se descubren; pensemos en esa parte tan descuidada y que supone tanta importancia en el capítulo de la belleza: los codos.

Para ellos utilizaremos también el aceite de oliva; ahora bien, para emplearlo le mezclaremos con aceite de almendras dulces y en la proporción siguiente: tres cucharadas del primero por nueve del segundo. Se mezclan perfectamente los dos líquidos y se echan en dos tazones o dos recipientes redondos. En ellos se introducen los codos. Ahora

bien, también para este tratamiento convendría estuviese templado el aceite: la piel lo absorbe mejor. Para que el resultado sea satisfactorio, deben transcurrir diez minutos antes de sacar los codos del recipiente. El aceite sobrante debe utilizarse, a la vez que se hace un ligero masaje, para aplicar sobre los antebrazos. Séquense perfectamente con un lienzo esponjoso.



En un día, una hora



Cuidémonos ahora del rostro:

Si éste fuese de tipo graso, deben aplicarse unas compresas de agua caliente, con el fin de abrir los poros y conseguir la maduración de los puntos ne-

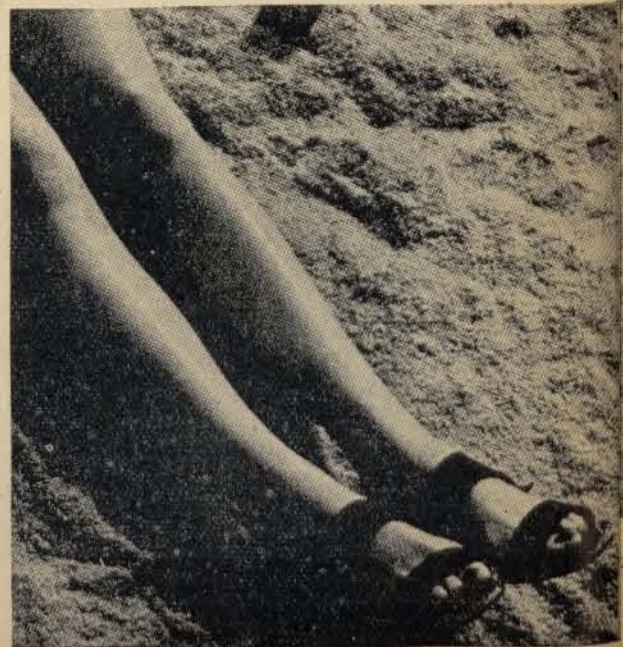
gros. También puede realizarse un baño facial de vapor, una de cuyas fórmulas hemos dado en el número anterior. Una vez hecho esto, se pasará por toda la epidermis una buena crema de limpieza y el exceso se eliminará con ayuda de una servilleta de demaquillar. Este procedimiento debiera repetirse cuantas veces fuera preciso, hasta conseguir que la servilleta quede completamente blanca, después de limpiar. Esto indica que el cutis está dispuesto para el maquillaje, pero sería conveniente, antes, que se lavase bien el rostro con agua y jabón y enjuagarlo primero con agua caliente o tibia, y después con agua fresca. Se tendrá la impresión de que la cara ha reposado y ha rejuvenecido.

No ha transcurrido aún la hora. Aprovechémosla—brazos y piernas desnudas en la primavera—para decolorarlos del vello superfluo o procediendo a su depilación. Para lo primero, adóptese este procedimiento: en una copa de vidrio pónganse dos cucharadas de carbonato de magnesia y un poco de agua oxigenada hasta formar una masa espesa. Se mezcla bien y se incorporan unas gotas de amoníaco. Se deja reposar. Aprovechando esos momentos se lavan los brazos, las piernas, etc., y después se aplica la mezcla preparada. Una vez que haya secado sobre la piel, se elimina con agua fresca, pero cuidando de no frotar, para evitar irritaciones.

Sólo falta bañarse y comenzar el arreglo habitual de la persona. En cuanto al pelo, cuidese de no mojarlo. Basta con cepillarlo bien. Y se conseguirá en el peinado un brillo y una belleza incomparables.

Y nada más. Su exactitud y su prontitud les habrán dado satisfacción en este procedimiento de una hora dedicada a la belleza.

LA DOCTORA FANNY

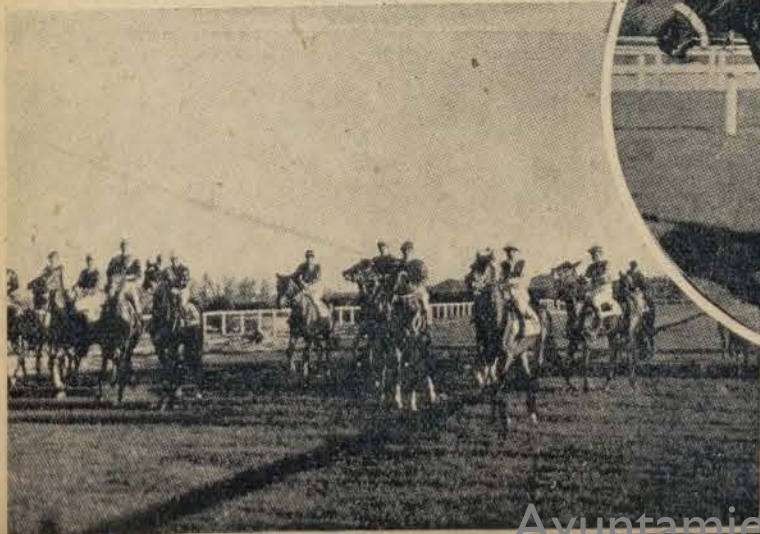


Actualidad hípica



La bella señorita Carmencita Franco, hija de S. E. el Jefe de Estado, asiste a la inauguración de la temporada de carreras de caballos en el hipódromo de la Zarzuela.

Diversos grupos de bellas señoritas de nuestra sociedad que acudieron a presenciar las carreras de caballos en el día de su inauguración.



Vosotros y el Mago Merlin

de unos a otros



Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de la ciencia del MAGO MERLIN, la influencia que ejercen los astros sobre su vida, los elementos fastos y nefastos que se confabulan en ella, envíen, dirigida al MAGO MERLIN, una carta en la que consignen sus nombres y apellidos, fecha — día, mes y año — y lugar de nacimiento.

FATIMA.—Te conviene como color el marrón. Tu flor es el lirio amarillo, y son tus metales el plomo y el hierro. Para tus adornos elige siempre motivos en los que jueguen, grande o pequeño papel, el carey. Tu número es el 71, y tu día el sábado. Tu animal mascota, el perro, amigo fiel siempre. No importa la raza, pero sí influye el color: que sea de color arena o negro. Para perfumarte, busca agua de colonia; pero ten bien presente que en ella debe marcarse el aroma de ámbar. Posees muy buenas cualidades; pero domina por encima de todas la energía moral. Tus éxitos y los momentos felices de tu vida los deberás, por una parte, a la suerte, y de la otra, a tu inteligencia. Tu forma de ser parece inclinarte hacia los archivos, laboratorios y cuantas ocupaciones exijan exactitud, constancia y paciencia. Si no eres de cabellera completamente negra, presiento posees un tipo de belleza castaño muy oscuro; debes, por lo tanto, maquillarte en ocre rosado o en rojo oscuro. En cuanto a enfermedad, deberías tener en cuenta el exceso de trabajo y de agitación. En cuanto al matrimonio, te conviene un hombre muy hogareño, muy lírico y muy apasionado.

UNA CURIOSA.—Tipo de belleza más bien castaño claro. Se maquillará en rosa y rojo claro. Utilizará como perfumes cuantos posean recuerdos de días de campo: verbena, heno, madrelelva... Para colores elegirá los tonos desvaídos—rosa, azul, verde, amarillo—, y en cuanto a flores, la rosa de tono rosado y la verbena—es usted, a la vez, sencillez y complicación—. Metal, el cobre; piedras, aquellas que posean palideces, en recuerdo de la luna. Su número, el 64; su día, el viernes y el miércoles; su animal mascota, el gato gris—y volvemos a las complicaciones—o el azul. Su cualidad mejor, la amabilidad y la ternura. Y—nuevamente el contraste—sus triunfos los conseguirá gracias a su sentido práctico, a la forma de ver las cosas en sus términos exactos. Posee aptitud para desempeñar puesto de secretaria u ocupación similar en oficinas. En cuanto a enfermedades, debe cuidar los nervios; resulta usted impaciente y le amenaza un desequilibrio nervioso. En cuanto al matrimonio, le convenía un hombre que tuviese, como usted, esa extraña mezcla de idealismos y realidades.

ELOINA C. V.—Sus colores son el rosa pálido y el blanco; sus flores, la rosa blanca y el crisantemo. Su metal, el platino. Su piedra, el diamante. Su número, el 61. Sus días, el viernes y el lunes. Sus mascotas, la gata de Persia y los pájaros de colores. En cuanto a perfumes, debe elegir aromas pesados insistentes, en especial heliotropo. El tipo de su belleza es más bien claro; conviene ponga un supremo cuidado en el maquillaje, haciéndole muy discreto y en las tonalidades de rosa pálido y rojo claro. Es usted reconcentrada, pero espiritual.

El signo de su matrimonio no es muy claro; pero en caso de realizarse con un hombre dinámico, impulsivo, trabajador, sería usted completamente feliz. Los cuidados que van mejor son aquellos que se refieren al arreglo de la casa y a la educación de los niños. En cuanto a enfermedades, vigile aquellas que se refieren al estómago y también otras que pueden derivarse de sus emociones.

CUPÓN N.º 20

Es imprescindible acompañar este cupón en cuantas consultas se realicen a cualquiera de las Secciones de nuestro semanario.

MOZART.—Sí, he recibido dos cartas tuyas, amiga. Se ve que la tercera se ha perdido... ¿Es usted rubia, o se ha teñido usted? Maquillarse en rosa y rojo ciclamen, y en cuanto a perfumes, utilice aquellos de aromas orientales. Entre sus cualidades descuella la filantropía y un afán nunca satisfecho de hacer el bien. Cuantos acontecimientos gratos le sucedan en la vida los deberá a su gran bondad. En cuanto a ocupaciones, le convienen aquellas en que se barajen negocios o pueda usted canalizar los impulsos de su magnífico corazón. En cuanto a enfermedades, debe tener muy en cuenta una especie de tendencia a las grasas. Sus mascotas, los peces. Su día, el jueves. Su número, el 55. Sus piedras, el zafiro claro y la amatista. Sus metales, el radium y el bronce. Su color, el azul marino. En cuanto a los vegetales, le traerán suerte el tejo y la clavellina.

ARA CELI.—Su color, el rosa fuerte; sus flores, el geranio o la rosa pálida; sus metales, el hierro y el latón; sus piedras, el coral y el rubí. Su número, el 36; sus días, el martes y el viernes; su animal mascota, el perro pequeño. En su agua de colonia busque aromas de rosa o de violeta. Es usted intuitivo. Debe usted casarse con una mujer cumplidora de su deber y activa. Lo hará bastante joven. Probablemente enviude. Sus actividades se realizarán más bien en el campo. En cuanto a enfermedad, posiblemente coja unas fiebres malignas en el mar o se las ocasionará el exceso de trabajo.



Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de los rasgos caligráficos, su carácter o el de las personas que les interesan, envíen, dirigida a esta Sección y a nombre de SELEGNA, una carta de quince a veinte líneas. La carta debe ser escrita con tinta, el papel sin rayar y sin ayuda de falsilla. Para el examen grafológico no sirven las copias.

TALIA.—Ciertas preguntas de tu carta sólo te las podría contestar el Mago, pero para ello es preciso que le escribas a él dándole datos sobre el lugar de tu nacimiento, año, mes y día y... no sé cuántas cosas más. Y veamos ahora tu carácter. En tu existencia has sufrido grandes inquietudes espirituales, vacilaciones, dudas, sinsabores y aun hoy no las has conseguido dominar. Bullen en ti sentimientos complicados, impulsos contradictorios, en suma, una vida difícil con tendencia hacia el refinamiento. Nunca estás contenta con lo que te rodea y vibra en ti el espíritu de contradicción. Eres fácilmente impresionable y te dejas llevar de tus impresiones, pero no te confías que difícilmente, afectuosa y amable. Cuando lo haces es de verdad. Me agrada recibir una notita anunciándome tu boda. Te deseo mucha felicidad. Te lo mereces, pero no te compliques la vida.

TARZAN.—Escasa personalidad y espíritu aun por cuajar completamente. Impulsos contradictorios que por una parte le hacen dominante, imperioso, autoritario, y por la otra le envuelven en cautela, en desconfianza y le hacen envolverse en múltiples velos que le ocultan a los demás. Sensibilidad muy despierta y viva, con un tinte triste de desconfianzas en los demás y en sí mismo. Sencillez. Afectuosidad, sentido del sacrificio. Gritos que ocultan su corazón. Quisiera verle a usted, en las cosas de su vida, contar desde el primer momento las líneas. Es usted mejor que muchos que le rodean, pero es preciso agarrarse a uno de los cimientos de la vida. Inteligencia.

AMIGAS LECTORAS.—Otra carta de Rusia. Es la del soldado Luis Corrales, Feldpost 24.945 D. Imaginad, para vosotras que buscáis en las horas de aburrimiento el imprevisible de una correspondencia lejana, imaginad lo que representa para este muchacho la llegada de cartas de España. Escribidle muchas, escribidle todas. En nombre suyo os lo agradezco yo.

SISIBIZA.—Confiesa que es romántico, que desea disertar sobre el amor de la época de Bécquer y de Larra y del de las niñas «topolinos», cinematografía—comentarios desahogados sobre guiones y sobre intérpretes—y... cuantos temas surjan en el transcurso del tiempo.

BEN OMAR.—Es muy escéptico en los temas que inquietan al anterior. Los temas podrían ser filamentos de las flores, modo de hacer el nido las golondrinas, forma de torear de Cúchares o controversia sobre si era la mano derecha o la izquierda la que Napoleón metía en el chaleco...

MARISA R. (Plasencia).—Veamos, amiguita. Eres una muchacha más bien menuda, de tipo castaño, debiendo maquillarte en rosa y rojo apagado. En tus perfumes elegirás esencias que, si bien sean frescas y agradables, encierren en sí una elegancia, como, por ejemplo, los guisantes de olor. Ese mismo criterio debes seguir en las piedras de tus joyas, prefiriendo, entre todas, la cornalina. Tu metal es el cobre; tus colores, los tonos claros que hagan aguas y sobre los cuales cabrillee la luz. Tus flores, esa variedad deliciosa y delicada de los guisantes de olor. Tu número es el 4; tu día, el miércoles; tu animal mascota, el mono. Entre tus cualidades destaca la rapidez de espíritu, pero es preciso, amiguita, fijarse más, porque sin ello no lograrás nunca ser lo que te destina el astro que rige tu vida. Si eres constante en el trabajo y laboriosa, podrás aspirar a ser una mujer que destaque en los estudios o en oficios de secretaría. Y sobre la inteligencia, debes apoyarte para vencer la suerte. Cuida, en cuanto a enfermedades, de los nervios y del intestino, y en cuanto al matrimonio, te conviene un hombre de negocios que tenga, a la vez, temperamento artístico.

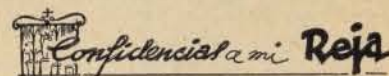
sus cosas y es bastante paciente. Aunque sin excesiva cultura, curiosidades e inquietudes. Bondad y simpatía.

CARMEN (Tarragona).—Dominio de sí misma, que no consigue en absoluto su timidez y su sensibilidad. Bastante reconcentrada y culta. Afectividad, imaginación poderosa, con fantasías y romanticismos. Genio un tanto agresivo. Personalidad que no ha cuajado aún completamente, en un temor de no ser juzgada todo lo bien que se merece. Afán de superación.

FERDI. Eso de si «el resultado es satisfactorio» me pone en verdadero compromiso. Es usted un hombre perfectamente equilibrado, sabe lo que quiere y a dónde va. Posee usted voluntad; es usted impulsivo y es de una gran actividad; su espíritu amplio camina siempre hacia adelante, percibe y deja bien definidas aquellas cosas que le afectan. Deseos de dinero, pero sin ninguna clase de tacañería; pero tampoco sin dispendios ni derroches—he dicho que es usted el «equilibrio». Vanidad y amor propio, cierto afán de adornar la vida. Sensibilidad y condescendencias. La validez de los cupones—siempre que el caso está explicado como el suyo—se amplía.

AMPARO F. (Valencia).—Carácter por formar, en el que destacan vanidad y orgullo, bondad y una tendencia a embellecerlo todo. Muy impresionable, con saltos de humor. Caprichos y a veces inflexible y autoritaria. Naturaleza que desea hacerse grata, y lo consigue. Impaciencias. Y sentido del agradecimiento. Mientras no le envíe al Mago una nota del día, fecha y año de su nacimiento no recibirá contestación. Espero sea usted feliz; si se cuida de mejorar las buenas cualidades de su carácter, lo conseguirá.

ANGELINES.—Vais más aprisa con vuestra impaciencia que nosotros con el espacio que nos está destinado. Habráis visto la nota a tu nombre, en la que te felicitábamos en tu tanto. Ya que no la octava, esperó que Luis G. y Antonio G. aprovecharan lo que resta de mes para enviarnos una carta muy larga. Les envío tu dirección.



¿PUEDO PONER SU AMOR A PRUEBA?

FLOR DE CEREZO.—Habría mucho que hablar sobre ese asunto; pero, tratándose de tu caso particular, te afirmo que no. En tus decisiones fíjate en este distinto recorrido: él llega al hogar a través de su vida; de su carrera tú tienes tu hogar de centro, y al hogar llevas todos tus afanes. Si el día de hoy se repitiese o estuvieses segura de verle repetido mañana, podrías exigirle dejase la carrera en que puso sus desvelos. Y ni aun así. Es como si le privases del aire, de la vida. Y no le creas egoísta si se niega rotundamente o si accede y luego le ves lamentarse y malhumorarse. El contrario la vocación siempre supone desgarros. El sofocar y el matar, aunque sea por amor, ese impulso vital de la vida debe de ser la mayor tragedia. Y en la instigadora, además de una crueldad inaudita, supondría un perfecto desconocimiento de la naturaleza humana. Dicen que siempre se vuelve a lo que se ha amado. Pero debe revolverse contra lo que ha quitado el impulso mejor. Y si hoy salías airoso, y si tu orgullo se esponjaba en la victoria obtenida, pronto sufrirías de palabras amargas, o peor de aquellas que sin decir las te acusarían más directamente.

LA DE LOS OJOS AZULES.—¿Que te gustaría ser artista? ¡Cuántas cosas nos habrá gustado ser al cabo de la vida! Y nos gustaban, ¿por qué? Y te atrae a ti el ser artista, ¿qué motivo? Claro; te veo, ojos azules, devorando desde la oscuridad del cine la vida movida, dinámica, deliciosa del cine. Y te adivino reclinada sobre sus imágenes en revistas y buscando detalles de su vida. De su vida «de fotografía», claro está. Si abrieses un poquito la ventana para curiosar lo que hay dentro... Y, además, no es todo el querer. Querer... Bonito verbo. Alado, juguetón, atractivo, casi casi imposible. Examine bien, sin vanidad, sinceramente; si no ves, adivina lo que hay detrás de la pared, y... ¿que no quieres serlo?

CHOCOLATE.—Tienes un espíritu clásico, amigo. Y debes tener una indolencia de novela por entregas... Qué quieres que te diga. Me crípa el que se pueda tomar por norma de vida la pereza. Puede ser todo lo poética que tú quieras, te concedo que sea un estado beatífico, admito que sea el mejor estado para una futura creación lograda... Lo malo es que una pequeña costumbre degenera rápidamente en el vicio. Y, claro, lo que se deja para mañana puede esperar a pasado y a un año y a toda la vida. Y la vida no puede esperar que salgas de tu indolencia, como tampoco podrías tú gozar de ella si los demás piensan y razonasen tan «magníficamente». Lo que, en fin de cuentas tendrías merecido. Y perdóname.



DICE SU CARA:

De la base de la barbilla a la de la nariz.—Afinidades materiales

Humana y femenina. De simpatía que trasciende. Apaciguadora.

Evolutiva. Cuidadosa del realce de su temperamento y facultades. Retentiva de los recuerdos y del pasado.

Celosa, afectiva, voluntariosa, hermética, delicada, tierna, curiosa, enérgica para la acción.

Tendencia a la ingenuidad. Dócil. Sentimental.

Poetisa y pintora. Sencilla en la expresión y honda en la imagen.

Su ambiente define lo tradicional, lo clásico. Afin con los palacios y los castillos antiguos, las residencias señoriales, los objetos de arte, los muebles apesantados por el estético prestigio de su solidez y realzados por las excelencias de su calidad y marquetería, forrados de damasco estampado, de color de fuerte opacidad; las vetustas arañas de bronce, los cortinajes de terciopelo denso, las alfombras compactas y de precio, los grandes espejos, las consolas prósperas, los bargueños de loza fina, la etiqueta íntima, los jardines sombreados, con árboles altos y copudos, con amplios estanques con ánades en su superficie, y vastos macizos de flores grandes, policromas, así como verjas altivas, recias y escudos nobiliarios.

Como se observa, sus preferencias se dirigen instintivamente a lo que contribuya a detener el paso del tiempo, siendo su intimidad, en los detalles conservados, un verdadero fichero de su vida retenida.

Su sociabilidad, natural, no extremada.

Parca, frugal en comer y beber. Platos fuertes y bebidas sanas.

Predilección por los galgos y la caza. Excelente amazona. Buena tenista y balandrista. Gimnasta.

Entiende por finalidad de la moda el realce de la belleza, mas no la tiranía del gusto. Defensora de la falda larga, del escote discreto; por eso nunca lo atrevido destacó en sus modelos, pues lo considera antiestético. Huye de lo llamativo, buscando la estilización de la silueta y la alegre severidad del colorido. Ella misma dibuja sus modelos.

Su flor favorita, el nardo; su gema, la perla; su mes, el de mayo; su color, el azul intenso; su día, el martes, en cuyo maleficio no cree; su hora, la de las diez de la mañana; su mejor libro, su propia vida; su gran ilusión, un nene rubio, llevada por su instinto maternal; su mejor película, la que está por hacer; su gran ilusión, recordar lo que sólo por el recuerdo puede volver.

De la base de la nariz a la línea de las cejas.—Afinidades sensibles.

Sentimental, íntima, tranquila, señorial, nostálgica, incapaz de causar desazón o molestia a los que con ella conviven.

En amor, concede en consonancia con el comportamiento de aquel a quien ama; pero al ser correspondida no se coarta al corresponder, mostrándose verdaderamente apasionada y nada voluble.

De fluente simpatía y expresiva deferencia. Rehuye el capricho y se complace en aconsejar y orientar a los que comienzan, que tienen en ella una encomiable amparadora de sus dificultades, pues no olvida lo difícil que es llegar a la meta de la aspiración, debido a lo que a ella le ha costado.



Danielle Darrieux

Estudio fisiognómico

Pausada en el planteo y esperanzada en el resultado. Opina llevada de innato fatalismo, que lo que tiene que ocurrir, ocurre, tarde o temprano.

De la línea de las cejas a la cima de la frente.—Afinidades pensantes o espirituales.

De niña, su afán de coleccionismo de estampas a todo color, ya indicaba su incipiente afán espiritual de ir hacia la vida buscando el saturarse de sus más acusadas posibilidades en la forma en sus más trascendentes manifestaciones. Hoy es asidua visitante de museos de arte y panoramas de renovación natural.

Inteligente, culta, piadosa, sentimental, comedida, cariñosa y sensible a la influencia interna de lo elevado.

La retrata la siguiente anécdota: Un día es instada en pleno estudio por diminuto admirador, un nene de unos ocho años, a que le procure un autógrafo. «Es para mamá», dice el pequeñuelo, humilde. Danielle sonríe y extiende unas líneas con su estilográfica en uno de sus retratos. «¿Me dejas que te bese? Eres tan linda como Blanca Nieves». Y restalla de sus labios la ingenuidad y pureza de un beso infantil, con el que se siente deliciosamente pequeña e íntima.

«Aquel momento fué uno de los más inolvidables de mi vida», confiesa más tarde.

Deliciosamente
tontos



Sol de Trópico fuera, en pleno apogeo; airoas palmeras; ni una nube en el cielo cuajado de azules; ojos que miran apasionados; poemas de luz en el agua quieta de estío; guajiras; aromas, y muchos sueños para amar, porque la misma languidez del ambiente es un motivo más para la nostalgia.

Es el año de gracia de 1842. Cuba. En la residencia fastuosa del opulento financiero don Remigio Espinosa, que acaba de fallecer, se da lectura a su testamento, que establece, como condición primordial, que su fortuna, de treinta millones de pesos, pase a Mary Espinosa y a Ernesto Acevedo, sus dos parientes más allegados, allí reunidos, en virtud de haber aparecido por resultado de citación en la Prensa, si entroncan por casamiento sus apellidos; de no hacerlo, pasará al Estado.

No puede ser más alentadora la cláusula citada para los dos jóvenes; pero también imposible de cumplir; Mary y Ernesto rechazan la herencia, porque ella quiere a otro y él está casado. El dinero se deposita en el Banco, y año tras año se halla ya próximo el centenario, plazo determinado para la decisiva realización de la voluntad póstuma de don Remigio. Durante período tan largo, Espinosas y Acevedos han ido naciendo varones, con gran inquietud de sus familiares respectivos, que ven la posibilidad de que, para ellos, se conviertan en humo los billetes.

De pronto, ¡albricias!, una mujer en la rama de los Espinosas: Mary, bonita, simpática y moderna cien por cien. Con objeto de no perder la referida fortuna, que el paso del tiempo duplicó, y acuciada por su tío, don José, sempiterno jugador de póker, y por don Cástulo, descendiente del primer notario que abriera el testamento, envía una inquietante fotografía suya a un Acevedo (Ernesto), tras haberle escrito tres cartas, sin obtener respuesta alguna, fotografía que es correspondida con otra de Ernesto, quien en lugar de enviarle la suya propia, la manda la de Dimas, su mayordomo, haciéndole pasar por él. La boda se concierta y se celebra en Cuba, verificándola el novio por poder, y sin hacer acto de presencia, y casándose Mary en la creencia de que Dimas es Ernesto. Suena el teléfono; Mary conversa con Dimas, y como consecuencia de lo tratado, se dispone a embarcar para España. Es una sugestiva treta de Ernesto, que desea interesar oportunamente a su mujer sin ser conocido, y aprovecha la añagaza del viaje, que realiza en el mismo trasatlántico que conduce a ésta.

Primeros encuentros. Ficticia disparidad por parte de él. Ella se intriga de veras. «¡Qué hombre!», dice para sí; ni miradas, ni atenciones, excesiva e indiferente camaradería, y como una de las cosas que más atrae a la mujer es su amor propio herido, Mary se va interesando sin querer, desde aquella ocasión en que su perrito se iba al agua, y si Ernesto, sin concederle demasiada importancia, no lo libra, se ahoga.

Ya demostró Ventura de la Vega que «jugar con fuego» es peligroso. Si el interés de Mary aumenta en cada encuentro, el de Ernesto no queda rezagado; se convence de que por primera vez está enamorado, y decide poner las cosas en claro, a cuyo fin telegrafía a su mayordomo diciéndole que «elimine» al marido de Mary.

No ve don Cástulo con buenos ojos la íntima amistad entre Mary y Ernesto, prohibiendo a éste que la acompañe; pero más tarde, al ver casualmente una fotografía de él, se entera de que viaja en el buque con el nombre de Dimas, lo que le hace apoyar sin reservas la amistad que antes no consintió, por temor a ver deshecho el matrimonio y dejar de percibir sus honorarios.

Ernesto es detenido por creerlo «culpable» de la «muerte» del esposo de Mary, debido a haber puesto en el cable a su mayordomo la palabra «elimine» y descubrirse que en el barco figura con nombre supuesto entre el pasaje, y Mary, al saberlo, desilusionada, le dice cuanto se la ocurre y más.

Costa de España. Firmamento suave para dosel de deliciosas perspectivas.

Al desembarcar, Mary se dirige a casa de su marido, tomando al mayordomo por éste al guiarse por la fotografía recibida, poniendo a Dimas en sucesivos apuros, aumentados con el hecho de que Ernesto, ya en libertad, le obliga a continuar la farsa, hasta que Mary se dispone a confesar que de quien está enamorada es de su compañero de viaje, y la prolongada broma deja de serlo para derivar en idilio, difícil de detener en fogosidad, según las trazas.

Un primer plano de Diana Durbin

Hace seis años que un publicista al hacer la biografía de una chiquilla de catorce años, cuyo nombre de Edna Durbin se había cambiado por el de Diana Durbin, sólo dió dos detalles sobre ella: que Diana medía cinco pies de altura y pesaba 100 libras.

Ahora, las biografías de Diana se han hecho más extensas. Llegando a dar detalles sobre ella, que la conceptúan como el «ideal» de las «estrellas» femeninas de hoy en día—altura, 5 pies y 5 pulgadas; peso, 114 libras; busto, 34 y media pulgadas; cintura, 24; caderas, 35, y largo total de piernas, 35.

Diana lleva ya en su cuenta diez películas, y en los concursos cinematográficos ha sido citada por varias veces como «una de las actrices más destacadas del año».

Diana cumplirá veintidós años el 4 de diciembre. Nació en 1921, en Winnipeg (Canadá). James Durbin, su padre, fué herrero, aunque en las biografías de Diana siempre se le nombra como agente de compra y venta de fincas, lo que realmente fué unos años más tarde, a raíz de una enfermedad, por cuyo motivo se trasladó junto con su familia a California.

Todos los detalles de la carrera cinematográfica de Diana son mundialmente conocidos.

A la vista tenemos los éxitos de esta gran actriz: «Tres Diablillos», su primera película. Siguió luego «Loca por la música», en la que el simpático diablillo se nos presentó como una gran cantante. Su tercer éxito lo consiguió en «Mentirosilla», cerrando una temporada de éxitos ininterrumpidos con «Reina a los catorce años». Diana tiene «sus ideas particulares» sobre su carrera cinematográfica. Otras cosas, incluyendo su reciente boda, son más importantes para ella. En los meses que siguieron a su enlace con Vaughn Paul, le preguntaron si su nuevo estado había afectado su carrera cinematográfica, a lo que Diana contestó: «Sería más interesante saber si a mí carrera cinematográfica no afectará mi boda». Aunque... por ahora, la respuesta es que sus dos «carreras» siguen con el mejor éxito.

En los asuntos de negocios, Diana tiene una determinación tan fuerte, que llega a veces a la testarudez. Este rasgo en su carácter llegó a llamar la atención internacional, cuando el pasado año entabló un pleito a una Compañía de radio-difusión, por haber escogido una voz que tenía que figurar la suya en una selección de historietas que tenían que radiar.

Pocas «estrellas» siguen con tanta atención como Diana la reacción de sus admiradores. Cuando se hizo público que en la película «Su primer amor» Diana tenía que recibir su primer beso, sus admiradores protestaron enérgicamente. Por un motivo u otro no querían que Diana se hiciese mujer tan rápidamente. Cuando se anunció su noviazgo con Vaughn Paul, un estudiante de Howard se tiró completamente vestido al río Charles, como señal de protesta, y repitió este acto el día de la boda de Diana.

Sus admiradores saben siempre todo lo que Diana hace, incluso su rutina diaria. Un día, cuando se dirigía a la casa de Andrés de Seguro, su profesor de canto, para su hora de lección, debido a las señales de tráfico, tuvo que parar su coche en una esquina de una calle de Hollywood, dos niñas estaban paradas en la misma esquina y le preguntaron: «¿Vas a tu lección de canto, o vuelves de ella?»

Vaughn Paul fué asistente de director en las cuatro primeras películas de Diana, al final de su cuarto film, «Reina a los catorce años», en agosto de 1938. Diana invitó a todo el equipo técnico a su casa. En el transcurso de la fiesta invitó a Vaughn a volver a su casa a la siguiente semana, y antes de marchar, Vaughn le pidió si le permitiría salir con ella algún día. Diana tiene

ahora un delicioso recuerdo de aquel día—un dije que lleva colgado de una magnífica pulsera, en el que está inscrita la siguiente leyenda: «Luceys—Boys Town—Colonial House», en recuerdo de aquel día en que comieron en el restaurante «Lucey's», en donde Vaughn enseñó a Diana a comer *spaghetti*, vieron en prueba privada «Boys Town» («Forja de hombres») y acabaron con una merienda en Colonial House. Su romance de dos años y medio, acabó en noviazgo oficial el día siguiente de cumplir Diana los diecinueve años, y en casamiento unos meses más tarde, en la iglesia de Wilshire, de Los Angeles, el 18 de abril de 1941.

Diana es extraordinariamente sentimental, especialmente en lo que se refiere a su boda. No solamente celebra su aniversario del día de la boda, sino que también el aniversario del ensayo de la misma. Nunca se quita el anillo de boda. En el estudio de la Universal, durante el rodaje de «Forever Yours», se vieron obligados a hacerle un anillo que se aplica sobre el suyo de boda, para que así su oponente Edmond O'Brien pueda hacerle el amor con toda propiedad frente a la cámara.

Es una favorita entre la gente de los estudios. Tiene más nombres que ninguna otra artista, y se la conoce como «Durby», «Durbish», «Deana», «Lena», «Annie» y por otros varios nombres. Joe Pasternak, que ha producido todas sus películas, siempre la llama «Charlie». Toda su familia, e incluso su marido, la llaman «Edna».

Sus oponentes en la pantalla dicen que Diana es una de las actrices con la cual se trabaja más a gusto. Charles Laughton, con el que hizo una película el pasado año, dice que Diana, lo mismo que Edgar Bergen, son los únicos artistas que tienen el sentido más exacto de la medida.

Cuando se rueda una película de Diana, el ambiente pierde la rigidez propia de un estudio, una condición más o menos establecida por Pasternak y Henry Koster, el cual la ha dirigido en seis películas. Su nuevo film, que dirige y produce Bruce Manning, no cambia este estado de cosas. Los artistas siguen el curso de sus cualidades artísticas a través de la barba de Manning. «Si Manning deja crecer su barba, es que todo marcha bien—dice Diana—. Si se afeita, sabemos que hay algo que no funciona».

«Lo preferimos con barba», comenta la simpática «estrella». A Diana le gusta cocinar, pero no es muy amante de las labores. Sus platos favoritos son el *spaghetti* y la carne a la plancha. No le gusta el pescado, motivo por el cual en una jira por el Sur fué invitada en Nueva Orleans a una comida dada en su honor, a base de pescado, sufriendo lo indescriptible para hacer los debidos honores. Durante años, su comida en los estudios consistía en un empanado de queso y un vaso de leche. Nunca come nada durante el rodaje de una película. Debido a una triste experiencia que tuvo cuando filmaban «Princesita», Diana comió uno de los pastelillos que ella misma servía en las escenas en que salía en la pastelería. «¿Qué tal es?», le preguntó un ayudante de dirección, que la estaba mirando. «Tenía un gusto raro», comentó Diana. «Es natural—le dijo el ayudante, con gran tranquilidad—. Estos pasteles hacen un mes que están hechos, y al mismo tiempo le ponemos un desinfectante para que las moscas y los «extras» no se acerquen a ellos».

El deporte favorito de Diana es la natación. A Diana le gusta salir de compras, y cuando era una niña, se vestía de mujer y así podía entrar en todas las tiendas del boulevard de Hollywood, sin ser reconocida. Y ahora usa del mismo truco, vistiéndose de niña.

Leed "TAJO"



presentará

a



LUIS
HURTADO

y

BLANCA
DE SILOS.



en

La casa de la Lluvia

con

CARMEN VIANCE y NICOLAS PERCHICOT

Argumento: W. FERNANDEZ FLOREZ - Adaptación y guión: ANTONIO ROMAN y PEDRO DE JUAN

Diálogos: W. FERNANDEZ FLOREZ

Jefe de producción: PEDRO DE JUAN

- Primer operador: GUERMER

Segundo operador: MELLA

- Maquillador: CARRASCO

CUARTA GRAN REALIZACION DE ANTONIO ROMAN

HERCULES FILMS PRODUCE SIEMPRE LO MEJOR

UNA NUEVA PRODUCCION DE ANTONIO ROMAN

LA CASA DE LA LLUVIA

Antonio Román, el gran director de «Escuadrilla» y «Boda en el Infierno», las dos películas premiadas en el Sindicato Nacional de Cinematografía, y que hace unos meses concluyó su tercera gran producción, «Intriga», que se estrenará próximamente en Madrid, dirige actualmente el rodaje de la gran superproducción española «La casa de la lluvia», cuyo argumento se debe al ilustre escritor y académico don Wenceslao F. Flórez.

Para esta producción, al igual que para las anteriores, Hércules Films, S. A., no ha escatimado esfuerzo alguno, haciendo venir de Italia al gran actor español Luis Hurtado, que ha triunfado plenamente en tantas producciones italianas, que por primera vez actuará en España.

En esta producción, además de Blanca de Silos y Nicolás Perchicot, reaparece nuevamente la gran «estrella» del cine mudo Carmen Viance. La fotografía corre a cargo de Enrique Guetner, cuyo solo nombre es garantía de la mayor perfección. El maestro Muñoz Molleda está componiendo una de sus mejores partituras. Los decorados de Francisco Escriña son fiel reflejo del ambiente nórdico en que se desarrolla la película.

«La casa de la lluvia» será, por su argumento intensamente dramático, por la reacción psicológica tan humana de sus personajes, por su interpretación artística y por su realización técnica, la película cumbre de la cinematografía española.

Hércules Films, S. A., supera con esta producción a todas sus anteriores.



Blanca de Silos y Carmen Viance

AMOR JUNTO A LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

El viaje de Nueva York a Indiana, en automóvil, es un recorrido de más de ochocientos kilómetros, después de atravesar tres Estados de la Unión, al cabo de cuatro días. En esta excursión, Fred Mac Murray y Bárbara Stanwyck, inician un idilio que culmina ante las célebres cataratas del Niágara, y que forman una de las principales escenas de «Recuerdo de una noche», la película de los dos citados artistas que próximamente ha de presentar la Distribuidora «Chamartín».

Teniendo como escenario la impresionante tromba de agua que se precipita desde una altura de 50 metros, los dos viajeros de un automóvil que ha bordeado todo el curso fronterizo del Canadá, al contemplar el maravilloso espectáculo, llegan al epílogo de un inconveniente decisivo que ha de separarles: la acción de la justicia en la que él es el acusador y ella la acusada. Todos los espectadores recordarán siempre este emotivo pasaje de «Recuerdo de una noche».



Bárbara Stanwyck y Fred Mac Murray en la película «Recuerdo de una noche» que Distribuidora Chamartín presentará en breve.



Amparito Rivelles y Alfredo Mayo, protagonistas de «Deliciosamente tontos» producción dirigida por Juan de Orduña y que CIFESA presentará en breve.

Éxito de A LAS NUEVE, LECCIÓN DE QUÍMICA

En la pantalla del Avenida se estrenó, presentada por Cifesa, la película italiana Manenti-Film, dirigida por Mario Mattoli, «A las nueve, lección de Química», la cual mereció el éxito que se esperaba, dada la calidad de este film.

Al avance que la técnica italiana ha sabido ir conquistando, sobre todo estos últimos años, hay que añadir el encanto de esta divertida comedia estudiantil; pleno de belleza y simpatía, porque transcurre en un elegante internado de señoritas y el diablillo del amor se inculca en las tareas científicas.

La protagonista de esta película es Alida Valli, bella y célebre «estrella» de la pantalla de Italia, que cuenta con tantos triunfos como actuaciones.

La realización de la película es clara y selecta, grata de ver en todo momento, digna del crédito bien ganado de su realizador Mario Mattoli.

A juzgar por el triunfal resultado de la exhibición de «A las nueve, lección de Química», en el cine Avenida, el aficionado puede saber de cierto que dicho título es un seguro éxito, y le invita a conocer esta deliciosa producción: «A las nueve, lección de Química».





LOS GENIOS DEL TEATRO

Jardiel Poncela se nos va a América

Más de doce de sus originales comedias serán representadas por su gran formación.—Cuando regrese, se convertirá en empresario y dará paso a los noveles que traigan aires de renovación a la escena española. Cómo organiza su elenco.—Su genio, su figura teatral y su capacidad productora avalan el éxito de la empresa.—Un autor que quiere dar paso a los valores jóvenes.—Y un empresario que se impone por su solvencia y prestigio.

Jardiel Poncela, no sólo ha llevado los aires de renovación al teatro con sus comedias humorísticas, francamente cuajadas de originalidad, sino que también, espíritu inquieto y trabajador, quiere llevar sus genialidades al terreno de los grandes negocios escénicos. La noticia entraña un interés extraordinario, y por tal, hemos acudido a su domicilio para entrevistarnos con el genial autor de las más famosas producciones cómicas contemporáneas.

La casa del primero de nuestros autores cómicos denota la misma originalidad que nos ofrece en sus propias producciones escénicas. Un mobiliario sumamente curioso adorna su despacho, así como el raro recibimiento. Jardiel nos recibe con esa seca cordialidad que le caracteriza y con la que acaba por hacerse con verdaderos amigos. Porque Jardiel, contra lo que la gente cree, no tiene nada ni de orgullo ni de seriedad en el trato. Jardiel es amable y buen amigo, fácilmente asequible y comunicativo, cuando se llega a inspirarle la confianza que él precisa para calibrar el grado de sus amistades.

—Venimos, querido Jardiel, a que nos digas tus proyectos.

—No tengo nada nuevo que decirte. Únicamente, si quieres, puedes hacer referencia y subrayar las manifestaciones que hice a un compañero tuyo de Prensa, recientemente, en un diario de la noche.

—Pero algo habrá de nuevo, ¿no?

—Absolutamente nada.

—Entonces—le insistimos suplicantes—déjanos al menos que releamos esas declaraciones tuyas al colega de la tarde, y danos al menos la misma respuesta: ¿Cuándo te asaltó y por qué te asaltó la idea de dedicarte a empresario?

—Son proyectos surgidos ya en mí, en los tiempos en que comencé a escribir, y originados por mi amor al Teatro y por mi deseo de no acabar mis días únicamente de autor—contesta Jardiel, acariciando maquinalmente la cabeza de su perro, que se halla sentado al pie del diván—. Sé perfectamente las cosas que en la escena he realizado, su valor exacto, su importancia justa y su influencia en el teatro español actual, y de ahí mi desdén—que de tal modo les hace revolverse contra mí—hacia aquellos críticos que no ven, ni oyen, ni entienden.

Sé también perfectamente—agrega—lo que todavía no he podido realizar en el teatro, y es tal el número de cosas que realizaré, Dios mediante, tanto en lo que afecta a mi producción como en lo que afecta a la producción ajena, en representación, en dirección y en montaje, que necesito, si he de llevarlos a cabo, tener un negocio absolutamente propio y que se halle exclusiva y directamente a mis órdenes.

—Pues ¿no has gozado siempre de entera libertad de acción en el teatro de la Comedia, de Madrid?

—Sí. Tirso Escudero me ha concedido siempre—por lo que siempre le estaré agradecido—una completa autonomía para proceder en todo según mis deseos y gusto, pero aún así, en algunos ex-

tremos del negocio, la decisión última ha estado, como es natural siendo él el dueño de la casa, a cargo de Tirso Escudero. Por ejemplo, sólo en ocasiones he podido yo moldear con mis manos el elenco de la Comedia, mientras que, dueño de un elenco, siempre lo moldearé a mi arbitrio. Y el actor es, a mi juicio, una base tan esencial del espectáculo que uno pretende realizar, que puede afirmarse que sin tener en todo momento el control



Enrique Jardiel Poncela, espíritu inquieto y excelente autor de libros teatrales que marcan una etapa interesante en el teatro contemporáneo y que en breve irá por América.

sobre el actor, nunca puede realizarse exactamente el espectáculo pretendido.

—De eso parece deducirse que, para ti, el actor debe reunir especiales condiciones...

—Naturalmente. Y lo que más debe reunir son condiciones espirituales, ya que todo arte emana del espíritu. Y si no suele exigirse esa cualidad espiritual en el actor, es porque, en general, el espíritu está ausente de nuestro teatro.

—¡Interesantísimo, Jardiel! Y, ¿qué condiciones son esas que tú vas a exigirles a los actores de tu compañía?

—Dignidad del oficio, amor y respeto al espectáculo, ansia de superación, capacidad y voluntad de estudio, entusiasmo, alegría en el esfuerzo y disciplina estricta. Con esas cualidades espirituales

cualquier actor modesto puede llegar a la perfección en su trabajo—añade el autor de «Los ladrones somos gente honrada». Y sin esas cualidades, por mucho que un actor valga como actor, su muerte profesional y su desaparición de los escenarios importantes son seguras.

—Entonces, ¿lo que tú no aceptas de los actores...?

—Lo que, ante todo, aborrezco en el actor es el sentido materialista de la profesión. Y en ese aspecto lo que no toleraré nunca en mi negocio es, a saber: el desprecio al texto de las obras, añadiéndole «morcillas»; el salir al escenario con un papel no aprendido o aprendido a medias; el tomar a broma la representación; el enfermar de «divismo», creyendo cada cual que él se basta y se sobra para lograr el éxito y que ningún otro actor debe hablar más de tres líneas; el discutir un papel juzgando la importancia por la extensión; el «pisarle» efectos o «robarle» escenas a un compañero; el obstinarse en hacer aquello para lo que no se sirve; el llevar al escenario los pleitos personales; el creerse más enterado de la obra que el propio autor y el ensayar de mala gana. Tampoco quiero a mi lado actores que pongan la vanidad en su sueldo, ni el extremo opuesto; es decir, actores sin ilusión, que vean en su sueldo un simple jornal. En resumen: lo que voy a exigir de mis artistas es una cosa poco frecuente entre artistas: que sean artistas. Aspiro a que pertenezcan a mi compañía sea una honra, y conseguirlo, una patente de honor. Y no dudes que lo conseguiré, pues nada de lo que me he propuesto en la vida he dejado de conseguirlo.

—Y eso, ¿por qué? ¿Por «estrella» personal?

Jardiel Poncela se sonríe y murmura:

—Bueno. Pon que por eso, que, al fin y al cabo, es lo más humilde.

—¿No puedes darme aún la lista de tu compañía?

—Aún no. Tengo ya algunos nombres elegidos y hasta algunas figuras contratadas; e incluso, a petición del interesado, he rescindido ya algún contrato, pues estoy dispuesto a sacrificarlo todo a la alegría de trabajar a gusto conmigo, sin dudas y sin reservas mentales. Por otra parte, hasta julio no corre prisa completar el conjunto. Al final sé que a mi lado estarán todos los que deban y merezcan estar.

—Entonces, ¿empiezas...?

septiembre y hasta el 8 de enero. Luego, Zaragoza, en el «Urquinaona», el 17 de julio, en el Principal, del 8 al 30. A continuación embarcaremos en Bilbao, y a mediados de marzo debutaremos en el Cómico, de Buenos Aires.

—¿Obras en cartel?

—Todos mis estrenos inéditos en el Plata. Llevo cuatro comedias representadas más de 200 veces en Madrid: «Cuatro corazones con freno y marcha atrás», «Los habitantes de la casa deshabitada», «Los ladrones somos gente honrada» y «Elloisa está debajo de un almendro». Otras cuatro representadas más de 150 noches: «Una noche de primavera sin sueño», «Madre (el drama padre)», «Carlo Monte en Montecarlo» y «Un marido de ida y vuelta», sin contar las representadas más de 100 noches, como son: «Es peligroso asomarse al exterior», «Un adulterio reciente», «Blanca por fuera y rosa por dentro», actualmente próxima a las 100 en el cartel de la Comedia, y dos que escribiré de aquí al verano, una de las cuales se titulará «El sexo débil ha hecho gimnasia». Estrenaré también «El suicida de Triana», original de un autor nuevo, lleno de condiciones para el triunfo: Miguel de Acosta.

—Pero, querido Jardiel, eso es fabuloso: ¡catorce estrenos! ¿Tienes comedias para tres años de actuación en Buenos Aires?

—Sí, ya lo sé. Pero, pase lo que pase, y aun con el éxito arrollador que espero, no prorrogaré mi negocio allí más de los seis meses firmados. Al ir a América cumplo una deuda de gratitud contraída con la Argentina, que me lo dió todo en mi viaje anterior, en 1937. Allí me espera un público de tal modo entusiasta, que sería desagradecimiento por mi parte hacerle esperar en vano. Pero cumplida esa deuda sentimental, por mucho que el negocio de América me produzca, estaré en España para septiembre de ese mismo año. Ya te he dicho que mi gestión artística he de hacerla aquí en el futuro, y estoy cierto de que a la tercera o cuarta temporada que haya hecho en Madrid habrá hecho surgir, además de a Acosta, a media docena de autores nuevos, tendré al lado un conjunto de primerísimos autores y habré revolucionado los procedimientos escenográficos, me habré satisfecho a mí mismo en la extensa ansia de creación que acaso la gente no sospecha en mí.

—Que así sea.

—¡Así será!—responde Jardiel tajantemente.

—¿Por influencia de tu «estrella» favorable?—insistimos.

Esta vez él se ríe, ya con verdadero regocijo.

—Exactamente. Sólo por eso—contesta en son de burla. Y añade, poniéndose súbitamente serio:—Si yo te contara casos de enemigos personales aniquilados por la influencia de esa «estrella»...

Vuelve a reír y agrega:

—Pero mejor será que no te cuente nada. Basta te he contado ya.

MARI PAZ

LA ESTRELLA MAS REFULGENTE DEL ARTE NACIONAL

Su arte de maravilla y su estilo deslumbrante eclipsarán muy pronto el brillo de Antonia Mercé.—Un caso asombroso y sin precedentes de intuición.—El genio del arte puro encarnado en Mari Paz.—No hay nadie actualmente como ella.—Un espectáculo que ella monta, cuida y dirige, mientras rueda una película.—Cómo capta Mari Paz el valor individual de las gentes de que se ha rodeado para su espectáculo.—Un acontecimiento que nos sorprenderá a todos.

NOSOTROS HEMOS VISTO A MARI PAZ...

Fué anoche mismo, anoche, cuando sorprendimos a Mari Paz en su propio domicilio y en medio de un barullo enorme de gentes que obedecían ciegamente las indicaciones y sugerencias de este portento de arte que es la joven «estrella» del baile y de la canción: Mari Paz, nombre que compendia y simboliza el éxito del arte supremo de España.

Mari Paz va a formar un grandioso espectáculo folklórico español, animado, dirigido y encabezado por ella misma. En torno suyo están firmas tan prestigiosas como Rafael de León, el maestro Quiroga y el excelente actor y mejor cantante Mario Gabarrón. Y a casa de Mari Paz hemos acudido para documentarnos, para admirarla, para verla ensayar, sin pensar que ella era quien personalmente dirigía los ensayos o montaba los números. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa al contemplar a la figura frágil y bien formada de Mari Paz corregir pacientemente los defectos de sus artistas a lo largo de las interminables repeticiones de los bellos números de que se compone el grandioso programa con que se presentará en Alicante, como punto de arranque de su larga jira por España y el extranjero, donde deslumbrará a los públicos de todos los climas y por donde pasará el orgullo y la calidad artística de nuestra Patria amada.

Durante más de tres horas, Mari Paz—dieciocho años cumplidos—, con su cara atrayente y sus facciones subyugantes, sus ojos negros y su cabellera en desorden, no ha dejado de enseñar ella misma los pasos de los bailables a las maravillosas y jóvenes bailarinas de que ha sabido rodearse—ocho criaturas sumamente jóvenes—, que son otros tantos portentosos coreográficos y que podrían muy bien ser otras tantas atracciones aisladas de muchos de esos espectáculos que se dicen triunfales por esos escenarios del Señor.

Cada una de estas ocho chicas interpreta a la

perfección cualquier baile español. Lo difícil es hacer que las ocho juntas actúen con absoluta armonía y exactitud en un mismo baile flamenco. Y esto es nada menos lo que ha conseguido Mari Paz, a fuerza de bailar ella misma delante de sus alumnas y compañeras. Como ha conseguido igualmente hacer que los chicos del «Pelao» interpreten con idéntica exactitud otro número maravilloso, en el que Mari Paz hace un verdadero alarde de sus portentosas facultades y de su genio creador y único en estas lides difíciles del baile nacional.

Pero lo que nos maravilló fué cuando, al comentar la fibra de esta incansable mujercita, que no encontraba momento para el reposo, alguien nos dijo, sin concederle demasiada importancia:

—Pues no sé si sabrá usted que anoche se acostó a las tres, después del ensayo, y que esta mañana estaba ya a las seis en los estudios, donde ha «rodado» durante todo el día.

Nuestra estupefacción no tuvo límites. Y nues-



Mari Paz a los doce años resalta con su belleza y juventud el genio artístico que lleva dentro.

UN ESPECTACULO QUE ASOMBRARA A TODOS.

Mari Paz, aragonesa como nosotros, no sólo es una artista genial en la interpretación de la danza española. Mari Paz es, además, una gran directora de su propio espectáculo. Solamente ella ha sido la artífice, la rectora de esta maravilla de montaje escénico, de la teatralización de estos números sueltos que por sí solos armarian ya el verdadero alboroto entre las gentes entendidas. Mari Paz, no nos cansaremos de repetirlo, sorprenderá muy pronto a todo el mundo.

La genial artista ha resumido en este nuevo ciclo de su actuación futura toda la grandiosidad y magnificencia del arte coreográfico español, presentando sus creaciones originales y únicas y exhibiendo la conjunción maravillosa de sus bellísimas y magistrales bailarinas.

No lo olviden: ¡Mari Paz nos maravillará muy pronto!

R. POLO



He aquí a la genial bailarina Mari Paz a los nueve años interpretando una danza netamente española. La postura ágil y desenvuelta delata la calidad artística y el gran temperamento de la que pronto será extraordinaria artista.

tra cara de asombro llamó la atención de Mario Gabarrón, quien añadió:

—Créeme; es incansable. Nos tiene locos; pero cualquiera dice nada, si vemos que ella es la primera que está sin desmayos al «pie del cañón», después de sus interminables horas de «rodaje».

En este momento, Mari Paz vuelve por undécima vez a la «carga» con estos dos gitanos que le acompañan en torno de los números. Y cuál no sería nuestro asombro cuando, en lugar de dar su conformidad, exclamó, con aire de resignación:

—Vamos a cambiar los pasos. Tú haces esto, mientras yo hago esto otro, y tú—subrayó, dirigiéndose al otro compañero de baile—bailas a este son, mientras nosotros seguimos el ritmo de la música.

El maestro Quiroga suda tinta. Las repeticiones del cantable se hacen interminables, y otro maestro, Curras, le sustituye ante el piano, mientras Rafael de León, con su pericia y su experiencia escénicas, interviene para avivar más el diálogo escénico entre Mario Gabarrón y Mari Paz.

Del grado a que llegó nuestro embeleso habla bien elocuentemente el hecho de que allí fuimos en plan de visita muy breve, y si nos descuidamos nos sorprenden las primeras luces del nuevo día. En aquel instante, Manolo Hidalgo intervino:

—Mari Paz, es muy tarde. Debes descansar, porque mañana tienes que estar a las nueve en el estudio.

Y nosotros, aun sacrificando nuestro afán de seguir contemplando los ensayos, apoyamos la iniciativa del dinámico representante y nos despedimos hasta el día siguiente.



He aquí a la genial bailarina y canzonetista magnífica como es en la actualidad; esto es a los diez y ocho años, después de alcanzar sus resonantes triunfos en el Fontalba y durante su larga y brillante jira por las principales capitales españolas, donde ahora volverá con espectáculo propio a maravillar a los públicos de todos los climas.



A los quince años Mari Paz ha irrumpido en los escenarios con alabanzas sorprendentes. Su arte magistral y su gracia y fragilidad se abren paso ante las grandes figuras contemporáneas y asienta sus cualidades magníficas en los grandes escenarios nacionales.

AVENTURAS DE PIRETE Y PIRATA

SEGUNDA PARTE. - Capítulo primero. - La tormenta.



I. ¡Era una noche turbulenta! En medio de una horrible tormenta bamboleábase, juguete de las gigantescas olas, un barco pirata.
¡Noche espantosa, tenebrosa y horrorosa era ésta! Mil rayos iluminaban el espacio. Dijérase que los elementos habíanse desatado para no dejar títere con cabeza.



II. Dentro del barco, los piratas ofrecían un curioso aspecto. Mientras unos bebían y jugaban a los dados, en espera de que pasara el temporal, otros—los más numerosos—entreténianse en contar cuentos de brujas. Muy interesantes debían de ser estos cuentos, porque poco a poco fué engrosando el círculo en derredor del que los contaba.



III. Mientras esto ocurría, unos personajes, para nosotros muy conocidos, volaban en una enorme escoba sobre el barco pirata. Impulsados por el huracán, se estampan las narices en un mástil, cayendo de cabeza...



IV. ...en medio de los piratas. Estos quedan sobrecogidos al ver de carne y hueso a la infame bruja Perruna, al malvado tío Patapalo y al cuervo Picotazo. Precisamente han hecho su aparición los malvados en el crítico momento que uno de los piratas, mirando al reloj—que marcaba las doce de la noche—, decía al resto de los oyentes: «Esta es la hora crítica en que se aparecen las brujas».



V. Repuestos de la primera sorpresa, los piratas se agupan, dispuestos a vender caras sus vidas.
El capitán de los piratas se destaca del grupo blandiendo un alfanje contra los intrusos.



VI. El malvado tío Patapalo no tiene armas; pero arremete con todas sus fuerzas con el trozo de palo que tiene por pierna y le atraviesa al capitán de parte a parte, ante el asombro y admiración de los piratas, que ven en todo esto obra del diablo.
A partir de este momento, los infames se hacen dueños de la situación, y el malvado tío Patapalo aprovecha la ocasión, diciendo: «Bajo mis órdenes, y con la bruja Perruna, quedaréis encantados».

Ilustraciones y texto de ROSKI-PINEL.
(Continuará en el próximo número.)



TAJO

